

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



EL REINADO SOCIAL DEL CORAZÓN DE JESÚS

Bernardo de Hoyos,
depositario de la Gran
Promesa

El «Tesoro escondido»

La Pasión
y el Corazón
de Cristo
en san Carlos
Borromeo

Sentimientos
de Jesús
al instituir
la Eucaristía



«Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos. Y pidiendo esta fiesta en especial para España, en que ni aun memoria parece que hay de ella, me dijo Jesús: "Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes".»

Año LXVII- Núms. 944
Marzo 2010

VENERABLE BERNARDO DE HOYOS (14 de mayo
de 1733, *Vida* III, c 1)

Sumario

Bernardo de Hoyos, depositario de la Gran Promesa <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	3
Tesoro escondido <i>José María Alsina Roca</i>	8
Un amor inaudito. Fragmentos de «Tesoro escondido», del padre Juan de Loyola, S.I.	10
Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey <i>Ramon Orlandis Despuig, S.I. (†)</i>	13
El padre Agustín de Cardaveraz, místico del siglo XVIII (I) <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	18
La meditación de Cristo Rey <i>José M^a Murall, S.I. (†)</i>	21
La sagrada Pasión y el Corazón de Cristo en los sermones de san Carlos Borromeo <i>Guillermo Pons Pons</i>	24
La santa muerte de san José <i>Ramón Gelpí</i>	28
Sentimientos del alma de Jesús al instituir la Eucaristía <i>Bartomeu M. Xiberta, oc. (†)</i>	31
Contemplando la vida de Cristo. La primera Pascua de Jesús <i>Ramón Gelpí</i>	34
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	36
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	37
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	39
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	41
Hace 60 años	43

RAZÓN DEL NÚMERO

EN 2009 se conoció la noticia de la inmediata beatificación de Bernardo de Hoyos, el joven mensajero del Corazón de Jesús que en el siglo XVIII introdujo su devoción en España, glorificación que fue recibida por sus devotos como providencial. Pero, siendo propio de esta devoción ser signo de contradicción, fue calificada por otros de inoportuna e inconveniente. Unos y otros coincidían en considerar la anunciada beatificación de sorprendente, y en el actual entorno, de humanamente inesperada. Así sucede con los planes de Dios, que distan de los de los sabios y entendidos como el cielo de la tierra. En este siglo XXI, los españoles casi nos habíamos olvidado de la promesa que el Corazón de Jesús nos había hecho por medio de Bernardo hace casi tres siglos, en 1733, pero Él no. En su amorosa Providencia, que conduce sus designios hacia su cumplimiento, y para alentar nuestra esperanza, nos agracia con una de sus admirables sorpresas: la gran noticia de que, superadas oposiciones y dificultades, declaradas sus virtudes heroicas y aprobados sus escritos, al cabo de más de un siglo de iniciada la causa, el próximo 18 de abril, su apóstol, Bernardo Francisco Javier de Hoyos será elevado a los altares.

La beatificación de Bernardo de Hoyos actualiza el recuerdo de que el Corazón de Jesús no ha olvidado su Gran Promesa de reinado entre nosotros, su «*Reinaré en España*», y por ello nos llena también, como a Margarita María, de inmensa alegría, al tiempo que, ya más esperanzados, nos urge a pedirle insistentemente que acelere su venida, con la petición que Él mismo nos enseñó: «*¡Venga a nosotros tu Reino!*». ¿Sería aventurado pensar que con ella el Corazón de Jesús quiere que oigamos también nosotros la consoladora promesa, este «tesoro escondido» que en Paray-le-Monial hacía resonar en los oídos de Margarita María: «*No temas nada, Yo reinaré, a despecho de mis enemigos; palabras que me llenaban de alegría*»?

El amor del Corazón de Cristo se manifestó especialmente en la Última Cena y en el Calvario. Santos y teólogos de todos los tiempos nos exhortan, al hilo de la liturgia cuaresmal, a contemplar este amor hecho sacrificio por nosotros. San Carlos Borromeo ve en el sudor de sangre de Jesús en Getsemaní la generosa entrega del Corazón de Cristo. Y Bartomeu M. Xiberta, el gran teólogo carmelita, cuya causa de beatificación está incoada, en su meditación sobre la institución de la Eucaristía, se preguntaba: «Pero, ¿cuáles sentimientos debió probar el Corazón amabilísimo de Jesús, por cuanto se contemplaba a sí mismo entablando a perpetuidad la conjunción sacramental con las almas que vendrían a Él con el vestido nupcial de la gracia, con almas capaces de desear, con san Ignacio mártir, que cayesen sobre ellas todos los tormentos del demonio, con tal de gozar de Cristo? Ciertamente en el interior de Jesús ardían afectos que venían a significar: Caigan sobre mí todos los tormentos de la Pasión, venga la muerte ignominiosa de un crucificado, con tal de que se verifique esta mi unión salvífica con tales almas amadoras. ¡Qué dicha pertenecer a este número!».

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Campillo Nevado, S.A. - D.L.: B-15860-58

Bernardo de Hoyos, depositario de la Gran Promesa

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El Corazón de Jesús desvela a España su Tesoro escondido

LAS revelaciones del Corazón de Jesús a santa Margarita María en Paray-le-Monial habían tenido lugar en los años 1673 a 1675. Inmediatamente, la devoción y el culto que en ellas se pedían fueron dadas a conocer y comenzadas a practicar en Francia, Italia, Polonia, y aun en lejanos países de misión, pero, transcurridos sesenta años, por distintas razones, no habían llegado a España. El Corazón de Jesús no se resignaba a tanta tardanza, y preparó desde pequeño a Bernardo de Hoyos para ser instrumento de sus designios, otorgándole extraordinarias gracias místicas que admiraban a sus formadores. Pero había dispuesto no desvelarle cuáles eran esos sus proyectos hasta mayo de 1733, año y medio antes de su temprana muerte.

Agustín de Cardaveraz conoce el libro «*De cultu Sacrosancti Cordis*» del P. Galliffet, pero nada le dice a Bernardo de Hoyos

EN abril de 1733 el novicio jesuita Bernardo de Hoyos nada sabía de la devoción al Corazón de Jesús. No así su amigo guipuzcoano Agustín de Cardaveraz, seis años mayor que él, al que le llegó un ejemplar del libro del padre Galliffet *De cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Jesu Christi*, cuando estudiaba teología en Valladolid en el curso 1726-1727, y del que escribe: «me consolé mucho en el Señor cuando leí el tomo del P. Galliffet en San Ambrosio, y lo leí muchas veces».

En la correspondencia mensual entre Agustín y Bernardo –ordenada por el padre Loyola, director espiritual de ambos, para que aquél le guiase por la vía mística en la que se hallaba más avanzado– nada le había dicho aquel a éste de su descubrimiento de la devoción al Corazón de Jesús.

¿Por qué Agustín no le habló del Corazón de Jesús? Se disculpará ante el hermano Bernardo en carta de 25 de mayo de 1733: «Descuido o cortedad de mi genio ha sido el no haberle comunicado antes de ahora este tesoro y mina riquísima del Corazón divinísimo de nuestro amor Jesús...».

El padre Uriarte apunta: «La única razón que sola explica aún la manera que él tuvo de señalar como

con el dedo al H. Bernardo la mina donde había de encontrarse con el tesoro inmenso del Corazón de Jesús, fue la providencia altísima del Señor y disposición suya muy especial de que constara ser del todo divino este encuentro hasta en la forma, y puramente divina la elección del venturoso joven para su dignidad y primacía del nuevo apostolado». Así lo atribuirá al Señor el propio Bernardo el 3 de mayo: «Entendí había sido disposición suya especial que mi hermano, el P. Agustín, me hubiese hecho el encargo, para arrojar con esta ocasión en mi corazón estas inteligencias».

¿Qué gestión le encomendó Agustín a Bernardo en abril de 1733?

AGUSTÍN, ya sacerdote, le escribe al novicio Bernardo desde Bilbao: «Hay un libro en vuestra biblioteca del teologado titulado *De cultu Sacrosancti Cordis Dei*. El autor es el P. José Galliffet. Te envío lista de fragmentos que desearía me copiasen. Los necesito para un sermón sobre el Sagrado Corazón que tendré en la octava del Corpus».

Bernardo después se lo contará así al padre Loyola: «El P. Agustín en carta que recibí el miércoles pasado (29 de abril), me pedía le trasladase la institución de la fiesta del Corpus, y la revelación y dificultades que para ello hubo, como lo refiere el P. Galliffet en el tomo *De cultu Cordis Dei*; para lo que saqué de la librería este tomo el domingo». (3 de mayo). Bernardo consideraría rutinario el encargo, y esperó cinco días, del miércoles 29 de abril al domingo 3 de mayo, día de descanso, en que tendrá lugar su providencial descubrimiento.

El libro del que Agustín le pedía a Bernardo que le transcribiera unos fragmentos, había sido publicado en Roma a expensas de nuestro rey Felipe V, escrito en latín el año 1725 por el padre José de Galliffet, asistente de los jesuitas franceses ante el padre general, como fundamento doctrinal de la petición de institución de la fiesta del Corazón de Jesús a la Sagrada Congregación de Ritos, que presentaría en 1727. Su lectura, de un tirón, dejaría a Bernardo conmocionado.

Lo que leyó Bernardo de Hoyos en «De cultu Sacrosancti Cordis...» aquella tarde de domingo del 3 de mayo de 1733

BERNARDO buscó el libro en la biblioteca, lo sacó y se sentó ante una mesa con tintero, pluma y papel, dispuesto a copiar los fragmentos que le pedía su amigo. Pero al buscarlos, quedó tan impactado por lo que leía, que se olvidó de transcribir nada, y se enfrascó en la lectura del libro desde su primera hasta su última línea.

Comenzó leyendo cómo esta devoción, en cuanto a la sustancia, no es cosa nueva, aunque hasta ahora había sido desconocida del común de los fieles, pero que sí es nueva su práctica. ¿De dónde proviene y cuál es su autor? Conoció Bernardo que el autor de la devoción a su Sagrado Corazón es el mismo Jesucristo, que la ha revelado, ha mandado su institución, ha explicado su naturaleza, ha enseñado su práctica, y quien ha prometido llenar de sus gracias a los que se dediquen a ella.

La nueva fiesta del Corpus Christi y la del Corazón de Jesús

LLEGÓ luego al punto que Agustín le pedía le transcribiera: cómo entre la institución de la fiesta del Cuerpo de Jesucristo y la del Sagrado Corazón de Jesús existe gran semejanza, en su origen, en las contradicciones que han sufrido y en los medios de que Dios se ha valido para difundirlas, similitudes que el padre Galliffet destaca como argumento para que la Congregación de Ritos apruebe la fiesta que pide frente a la objeción de novedad.

Recuerda cómo en la bula de institución de la fiesta del Corpus Christi, el papa Urbano IV dice: «Cuando nosotros estábamos en un orden inferior, reconocimos que existía una revelación de que esta fiesta se celebraría en toda la Iglesia». Y cómo cuando apenas se supo que se quería instaurar una fiesta en honor del santísimo Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, se alzaron protestas alegando era esa fiesta nueva, inútil y singular. Decían: ¿no se celebra ya en el Jueves Santo, y todos los días en la santa Misa se hace conmemoración de la institución del Santísimo Sacramento? Dijeron sofisticadamente de la fiesta lo que hoy dicen de la del Sagrado Corazón: que presenta un objeto material que es la carne de Jesucristo, y haciendo una fiesta particular de su Cuerpo, de algún modo Jesucristo se divide. Si está entero en el Santísimo Sacramento, hay que adorarlo entero y no por partes, pero Dios con su sabiduría llevó su designio a buen fin, y en 1246 el obispo de Lieja aprobó la fiesta del Corpus Christi en su diócesis. De allí se fue extendiendo a las vecinas, hasta que en 1264 Urbano IV

mediante una bula especial mandó que toda la Iglesia la observase, y así, tras ochenta años de contiendas, la Iglesia pudo gozar ya tranquilamente desde entonces de esta hermosa fiesta. Hasta aquí lo que le pedía Agustín que le transcribiera, pero Bernardo, cautivado, siguió leyendo.

Primera noticia que recibe Bernardo de Margarita María, de Paray-le-Monial y de Claudio la Colombière

BERNARDO conocerá así la historia de Margarita María de Alacoque y de las revelaciones de Paray-le-Monial, relatadas bajo la autoridad del libro del obispo monseñor Languet y la del padre La Colombière, en cuyo famoso diario de ejercicios, transcrito en el libro, leerá la gran revelación del Corazón de Jesús.

Pasó sin descanso al capítulo en que se exponen los progresos de la devoción, debidos a la publicación del *Retiro* del padre La Colombière y del libro del padre Croiset. Supo que, pese a la oposición de sus enemigos, muchos obispos aprobaron la devoción en sus diócesis y se le instituyeron cofradías a las que la Santa Sede dispensó indulgencias; como las imágenes del Corazón de Jesús se hicieron comunes, erigiéndosele capillas y altares, celebrándose su fiesta con gran veneración en casi todas las ciudades, y como de Francia pasó la devoción a los países vecinos, y luego a los más lejanos, con un progreso y rapidez sólo explicables por la omnipotencia de Dios.

Leyó también como cuando en 1720 la peste asolaba la Provenza, Dios inspiró a sus moradores que recurrieran al Sagrado Corazón de Jesús como ánora de salvación, y obispos y magistrados se unieron para consagrarle las ciudades con públicos votos, y como la peste cesó de inmediato. Quedó muy consolado al leer que el progreso de la devoción al Corazón de Jesús no se ha debido a obra ni influencia de los hombres, sino de nuestro buen Dios, y a su solo cuidado pertenece protegerla y fomentarla.

Comprensión de la naturaleza y el doble objeto de la devoción

MÁS atención, si cabe, prestaría Bernardo, buen estudiante de teología, a entender la naturaleza de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, de la que el padre Galliffet precisa primero su objeto. Advierte que el corazón de carne de Jesús, en su santa humanidad, si lo consideramos aislado y solo, no es digno de adoración, pero se hace digno de culto de latría al estar unido a su persona



Imagen que figura en el libro «Tesoro escondido», del padre Juan de Loyola, S.I., con la leyenda: «Corazón Santísimo de Jesucristo mostrado con estas insignias, en visión celestial, a la Ven. Ma. Margarita Alacoque del Orden de la Visitación de la V. María N. Señora».

divina, a la que sí se le debe, de modo que en la persona de Jesucristo se adoran la humanidad y la divinidad. Así todas las devociones o fiestas relativas a la santa humanidad de Jesucristo contienen dos objetos: uno sensible y corporal y otro invisible y espiritual, que se hallan unidos indivisiblemente, por lo que el objeto espiritual comunica su dignidad al corporal, y honrando a aquél, se da culto a los dos, aunque es peculiar del objeto material dar el nombre a la devoción y a la fiesta, como sucede también en la devoción al Corazón de Jesús.

El padre Galliffet precisa que el objeto sensible de la devoción que Jesucristo quiere establecer es su adorable Corazón. Jesús le descubre y muestra a Margarita María su propio corazón de hombre, y habla de Él en su sentido natural y no metafórico, éste es el Corazón que quiere que se honre y se solemnice con una fiesta particular para la que designa el día, y de Él toma su nombre la devoción.

Pero su corazón es sólo el objeto sensible, el objeto espiritual y primario es el inmenso amor de que este Corazón está abrasado por los hombres, como nos lo indica Jesús con sus palabras: «Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha omitido hasta extenuarse y consumirse para darte testimonio de su amor».

El Corazón de Jesús ardiendo de amor a los hombres y quejoso de su desamor

APRENDE luego Bernardo que este amor de Jesús, por el que su divino Corazón está ardiendo, debe ser considerado como un amor despreciado y ofendido por la ingratitud de los hombres a quienes tanto ama, como nos quiere indicar Jesús cuando nos dice: «En cuyo reconocimiento no

recibo de la mayor parte de los hombres más que ingraticudes por el desprecio, irreverencias, sacrilegios e indiferencia con que me hacen sufrir en este Sacramento de Amor». Estos dos aspectos, íntimamente unidos, deben causar en nosotros dos sentimientos igualmente esenciales a la devoción de su Sagrado Corazón: un amor que corresponda al suyo, y un dolor que nos mueva a reparar las injurias que sufre por la ingratitud de los hombres.

Bernardo acude al punto ante el Santísimo para ofrecerse a su Sagrado Corazón

AQUELLA tarde de domingo del 3 de mayo de 1733 el Corazón de Jesús quiso que Bernardo de Hoyos comprendiera íntimamente su devoción mediante la lectura del libro *De cultu*, del padre José de Galliffet, y así escribe: «Yo, que no había oído jamás tal cosa, empecé a leer el origen del culto del Corazón de nuestro amor Jesús, y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento, fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado, a ofrecerme a su Corazón, para cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones, a la extensión de su culto».

Prosigue Bernardo contando la conmoción que sintió: «No pude echar de mí este pensamiento hasta que, adorando la mañana siguiente (lunes 4 de mayo) al Señor en la Hostia consagrada, me dijo clara y distintamente que quería por mi medio extender el culto de su Corazón sacrosanto, para comunicar a muchos sus dones por su Corazón adorado y reverenciado. Yo, envuelto en confusión, renové la oferta del día antes (cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones a la extensión de su culto) aunque quedé algo turbado, viendo la desproporción del instrumento, y no ver medio para ello... Todo el día anduve con notables afectos al Corazón de Jesús».

Deseo de que la provincia de Castilla celebre la fiesta de su Corazón

CONTINÚA Bernardo relatando nuevas gracias y conocimientos que recibió al siguiente día, martes, 5 de mayo, en que Jesús le confirma su elección: «Estando en oración, me hizo el Señor un favor muy semejante al que hizo a la primera fundadora de este culto, que fue una hija de nuestro santo director, la V. M. Margarita de Alacoque... Mostróme su divino Corazón todo abrasado en amor y conolido de lo poco que se le estima. Repitióme la elección que había hecho de este su indigno siervo para adelantar su culto, y... dándome a entender... que sería de singular agrado suyo que esta provincia de su

Compañía (de Castilla) tuviese el oficio y celebrase la fiesta de su Corazón, como se celebra ya en tantas otras partes».

Y prosigue el viernes 8 de mayo: «El domingo pasado inmediato a la fiesta (de la Aparición) de nuestro san Miguel, después de comulgar, sentí a mi lado a este Santo Arcángel, que me dijo como el extender el culto del Corazón de Jesús por toda España, y más universalmente por toda la Iglesia, aunque llegará el día en que esto suceda, ha de tener gravísimas dificultades; pero que se vencerán: que él, como príncipe de la Iglesia, asistirá a la empresa: que en lo que el Señor quiere se extienda por nuestro medio, también ocurrirán dificultades; pero que experimentaremos su asistencia».

El Corazón de Jesús se le muestra como un incendio de fuego abrasador arrojando llamas de amor, deseoso de que se celebre la fiesta que pedía

DESPUÉS de esto quedé un poco recogido —prosigue el hermano Bernardo—, cuando por una visión imaginaria se me mostró aquel divino Corazón de Jesús, todo arrojando llamas de amor, de suerte que parecía un incendio de fuego abrasador, de otra especie que este material.

»Agradecióme el aliento con que le ofrecí hasta la última gota de mi sangre en gloria de su Corazón: y, para que yo experimentase cuán de su agrado es esta fiesta, por lo mucho que se complacía en los deseos solos que yo tenía de extenderla por el mundo, cerró y cubrió mi miserable corazón dentro del suyo, donde por visión intelectual admirable vi los tesoros y riquezas del Padre depositadas en aquel sagrario; el deseo y como ímpetu que padecía su Corazón por manifestarlas a los hombres.

»... Desde este punto he andado anegado y abortido en este divino Corazón. Al comer, al dormir, al hablar, al estudiar y en todas partes no parece palpa mi alma otra cosa que el Corazón de su amado; y cuando estoy delante del Señor Sacramentado, aquí es donde se desatan los raudales de sus deliciosísimos favores: y como este culto mira al Corazón Sacramentado como a su objeto, aquí logra de lleno sus ansias amorosas».

Día de la Ascensión del Señor: 14 de mayo de 1733

ESCRIBE el hermano Bernardo: «Después de comulgar tuve la misma visión referida del Corazón, aunque con la circunstancia de verle rodeado con la corona de espinas y una cruz en la

extremidad de arriba, ni más ni menos que le pinta el P. Galliffet. También vi la herida, por la cual parece se asomaban los espíritus más puros de aquella Sangre que redimió el mundo.

»Convidaba el divino amor Jesús a mi corazón se metiese en el suyo por aquella herida: que aquel sería mi palacio, mi castillo y muro en todo lance. Y como el mío aceptase, le dijo el Señor: «¿No ves que está rodeado de espinas, y te punzarán?», que todo fue irritar más el amor, que, introduciéndose en lo íntimo, experimentó eran rosas las espinas».

Bernardo pide a la Santísima Trinidad la «fiesta del Corazón de Jesús en especialidad para España», y Jesús le responde: «Reinaré en España»

EN la tarde del 3 de mayo Bernardo se había leído de un tirón el libro del padre Galliffet, escrito para conseguir la institución de la fiesta del Corazón de Jesús, y de la que en la página 121 transcribía su petición a Margarita María: «Esto es lo que mi Corazón desea: Quiero que el viernes después de la octava de la fiesta de mi Cuerpo sea consagrado particularmente a honrar mi Corazón, comulgando ese día y haciendo acto de reparación por todas las injurias que él ha recibido durante el tiempo en que ha estado expuesto en los altares».

Esto es lo que Bernardo había sentido le comunicaba el propio Jesús el 5 de mayo, «que sería de singular agrado suyo que esta provincia de su Compañía [de Castilla] tuviese el oficio y celebrase la fiesta de su Corazón, como se celebra ya en tantas otras partes», y lo que el 8 de mayo, al mostrársele el Corazón de Jesús en visión imaginaria había entendido Bernardo: «Agradecióme el aliento con que le ofrecí hasta la última gota de mi sangre en gloria de su Corazón: y, para que yo experimentase cuán de su agrado es esta fiesta, por lo mucho que se complacía en los deseos solos que yo tenía de extenderla por el mundo...».

Así de lo acontecido el 14 de mayo, escribe: «Pedí a toda la Santísima Trinidad la consecución de nuestros deseos: y pidiendo esta fiesta en especialidad para España, en que ni aun memoria parece hay de ella, me dijo Jesús: “Reinaré en España, y con más veneración que en otras partes”».

Esta respuesta de Jesús no es la de acceder a lo que Bernardo le pedía, asegurándole que también en España se celebraría la fiesta de su Corazón, sino que, sorprendentemente, le concede mucho más. Es el «*ultra quam speraverint*» con el que el Corazón de Jesús suele recompensar los esfuerzos de quienes se le consagran ofreciéndole todo lo poco que tienen. Promete conceder mucho más de lo que Ber-

nardo se ha atrevido a pedirle, pues, evidentemente el «Reinar» del Corazón de Jesús es mucho más que el celebrar anualmente el día de su fiesta, pues supone el reconocimiento gozoso durante los 365 días de cada año hasta el fin de los tiempos de aquello que sentiremos «aquel día dichosísimo en que todo el orbe, de corazón y voluntad, se sujetará al dominio suavísimo de Cristo Rey» (León XIII). Es la consoladora Gran Promesa en que se basa nuestra esperanza.

Bernardo desconocía entonces la promesa del reinado del Corazón de Jesús

EL 14 de mayo de 1733 Bernardo conocía las revelaciones del Corazón de Jesús a Margarita María, pero no la promesa de que iba a reinar, pues esta promesa, tantas veces reiterada, no está en el libro de Galliffet, sino en la autobiografía de Margarita María y en distintas cartas a sus directores conocidas después, que Bernardo no había leído.

Entre otros, la promesa se halla en los siguientes pasajes de *Vie et oeuvres de St. Marguerite Marie d'Alacoque* (Mons. Gauthey. T. II, Paris, Poussielgue 1926): «*Se cumplirán aquellas palabras que hacía oír de continuo al oído del corazón de su indigna esclava, entre las dificultades y oposiciones que fueron grandes en los principios de esta devoción: «¡Reinaré, a pesar de mis enemigos y de todos aquellos que se oponen a ello!» («Je régnerai, malgré mes ennemis et tous ceux qui s'y opposeront»).* Carta a su director espiritual, el padre Croiset en 1689.

«En mi aflicción, no sabía a quién dirigirme sino a Él, que siempre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: Nada temas; Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quisieran oponerse. (“*Je régnerai, malgré mes ennemis et tous ceux qui se voudront opposer*”). Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.»

«Reinará por fin el divino Corazón, a pesar de los que a ello querrán oponerse. Satanás quedará confuso con todos sus partidarios. ¡Dichosos aquellos de quienes será servido para establecer su imperio!» (carta de santa Margarita, a su director en 1690).

«El adorable Corazón de Jesús quiere establecer su reinado de amor en todos los corazones y destruir y arruinar el de Satanás» (*Histoire de la dévotion au Sacré Coeur de Jésus. Vie de la bienheureuse Margherite-Marie* - A. Hamon).

Al ignorar estas promesas, el 14 de mayo Bernardo sólo le pidió la institución de la fiesta y no el establecimiento de su reinado. Pero el Corazón de Jesús, que sí las tenía presentes, concedió mucho más de lo que se le pedía, prometió no sólo que España celebraría su fiesta, sino que anunció su reinado en España. A esta su respuesta se le ha llamado «*la Gran Promesa*».

Bernardo conocería los designios de reinar del Corazón de Jesús, sin duda ya el año siguiente, como podemos advertir de lo que escribe su compañero Peñalosa, del «grupo de los cinco» escogidos para difundir la devoción, a quien Bernardo había encomendado traducir el libro del padre Croiset *La devoción al Corazón de Jesús*, traducción publicada el año 1734, en cuyo prólogo leemos: «el infierno... ha empleado todos los desvelos de su vigilante malicia para estorbar que llegue a nuestros oídos el eco dulce de tan importante devoción. Pero, por más esfuerzos que haga, por más que gire en torno de su astucia la envidia de esta antigua serpiente, espero que se ha de introducir, ¿qué digo introducir?, se ha de entronizar en España el Corazón adorable de Jesús».

Entronizar al adorable Corazón de Jesús es ponerlo en el trono para reinar en España, es el cumplimiento de la Gran Promesa que el año anterior le hizo a Bernardo de Hoyos. Siglo y medio después lo confirmará el padre José Eugenio de Uriarte, S.I., en la introducción de su precioso libro *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España*, donde afirma: España será «trono del reinado, tardío sí, pero glorioso, tanto cuanto estable, de las dulzuras, de las gracias y del amor del Corazón de Jesús sobre la tierra.»

El pasado año 2009, en la celebración de la fiesta del Corazón de Jesús en Paray-le-Monial, un grupo de piadosos peregrinos polacos llevaba como distintivo un pañuelo blanco estampado con un vistoso Corazón de Jesús, tal como lo describe el padre Galliffet y lo vió el padre Hoyos: rodeado de espinas, con la cruz sobrepuesta y la herida abierta, y con una expresión en polaco que me resultó indecifrible. Les pedí uno y me lo traje a Barcelona donde acudí a un celoso vicario polaco para que me lo tradujera. Me dijo: «Pone esto: “*Corazón de Jesús, ¡reínanos!*” Es el “*Volumus Domine Iesu, Te regnare super nos*”, de san Juan Eudes». Tengo para mí que Bernardo de Hoyos aceptaría gustoso que este lema fuera coreado en su beatificación.



Tesoro escondido

JOSE MARÍA ALSINA ROCA

LA fecunda, intensa, aunque breve, actividad apostólica del padre Hoyos, dirigida enteramente a dar a conocer en España aquella devoción que aún era prácticamente desconocida en nuestra patria, a pesar de que hacía ya más de cuarenta años de las revelaciones a santa Margarita María de Alacoque, tiene como punto de arranque providencial la lectura de un libro. En mayo de 1733 el padre Agustín de Cardaveraz escribe a su amigo el padre Hoyos, entonces residente en el colegio San Ambrosio de Valladolid, acabando sus estudios de teología, y le pide que le envíe un extracto del libro del padre Galliffet *De cultu Sacrosancti Cordis Dei ac Domini nostri Jesu Christi*, que estaba en la biblioteca del centro y que habiéndolo leído hacía ya unos años quería utilizar para un sermón que iba a predicar con motivo de la fiesta del Corpus.

Con el propósito de llevar a cabo lo que le habían pedido, el padre Hoyos lee el libro y escribe en su diario: «Empecé a leer el libro y sentí en mi espíritu un extraordinario movimiento fuerte, suave y nada arrebatado ni impetuoso, con el cual me fui luego al punto delante del Señor Sacramentado a ofrecerme a su Corazón para cooperar cuanto pudiese, a lo menos con oraciones a la extensión de su culto». Al día siguiente, 4 de mayo, el Señor le comunica la misión de su vida: dedicarse enteramente a propagar el culto al Corazón de Jesús y de este modo ser su instrumento para comunicar a muchos sus dones.

No nos vamos a detener en describir toda la labor a la que se va a entregar el padre Hoyos para llevar a cabo el encargo recibido, pero sí queremos subrayar que para los primeros apóstoles agrupados en torno al padre Hoyos surge la idea de la importancia decisiva de escribir un libro semejante al del padre Galliffet y de este modo dar a conocer en España la devoción al Corazón de Jesús. Recibe este encargo el padre Loyola, rector en aquellos momentos del colegio de Segovia, que a pesar de sus iniciales resistencias se rinde a la petición insistente de Bernardo de Hoyos. Al cabo de poco tiempo la tarea encomendada según el plan redactado por el mismo Bernardo está ya terminado con el significativo título: *Thesoro escondido en Sacratísimo Corazón de Jesús, descubierto a nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo culto propagado ya en varias provincias del orbe christiano*. Era un libro breve, pero que cumplía las esperanzas puestas en él: dar a

conocer de forma sencilla pero profunda y fundada, histórica y teológicamente, la excelencia de la devoción al Corazón de Jesús. A partir de este momento se inicia una etapa llena de dificultades en la que parece peligrar la publicación del libro. Era necesario obtener la aprobación de los censores, tanto de la Compañía de Jesús como de las autoridades eclesiásticas de Roma y de España. Se multiplicaron las incidencias pequeñas y grandes de diverso tipo, pero gracias a la tenacidad, paciencia y especialmente la confianza puesta en la voluntad de Dios de Bernardo pudieron finalmente ser vencidos todos los obstáculos y, por fin, el 21 de octubre de 1734, el padre Hoyos tiene en sus manos el primer ejemplar del *Tesoro escondido* y llevando el libro bajo la sotana se acerca a comulgar. El padre Loyola escribe en su *Vida del padre Hoyos* acerca de este momento:

«Sin palabras ni voces, sino con aquel lenguaje que Dios solo y ella (el alma) entienden, presentó el santísimo Corazón el librito con todos los corazones, afectos, deseos, ideas y con todos los trabajos que se han padecido hasta haberlo puesto en estos términos. Agradeció el Señor el presente, inundando en pago el alma de su siervo de un gozo inenarrable, y disponiéndola para una merced que también debe llenar de consuelo nuestras almas: cuando se halló toda abrasada (la de Bernardo) en las llamas ardientes del divino amor, quiso el Señor repetirse la oferta con mayor solemnidad.

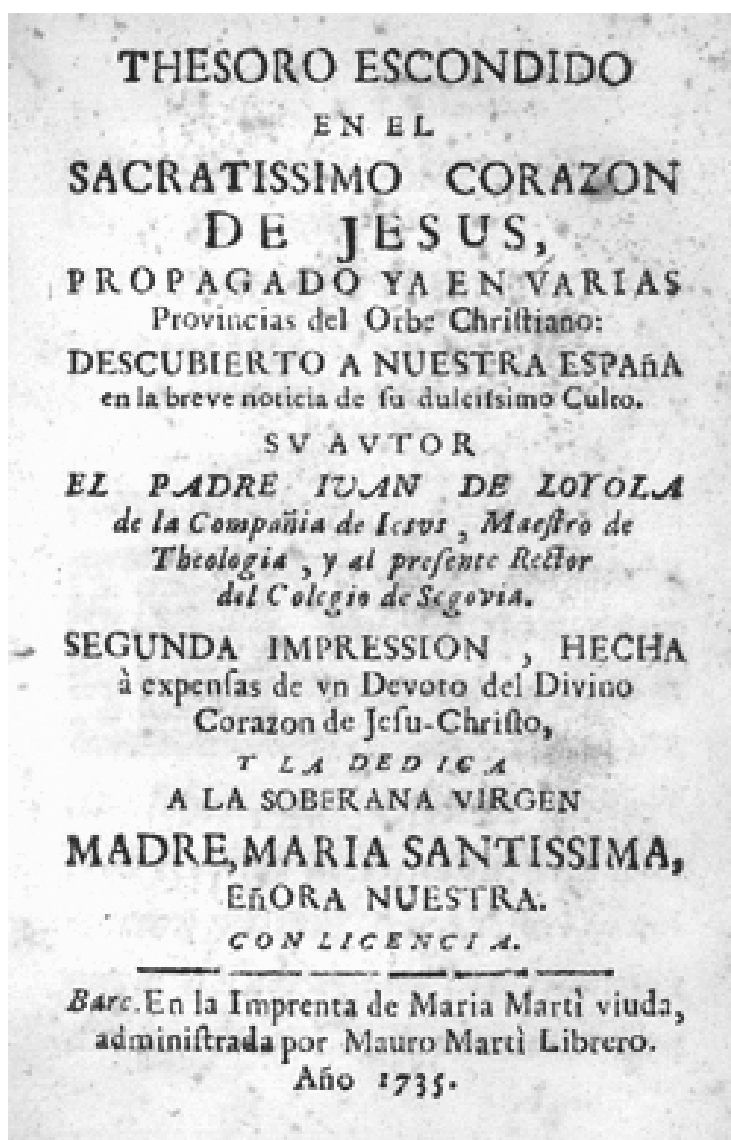
»A este fin descubrió el amoroso Jesús su sagrado pecho, mostrando en él su Corazón abierto y convertido todo en un horno de llamas. Dejose ver también en el mismo momento al lado de su Hijo la Virgen Nuestra Señora y los especiales protectores del H. Bernardo en este negocio: san Juan Evangelista, san Ignacio, san Francisco de Sales, san Francisco Javier y el V. P. De la Colombière por una parte; por otra santa Gertrudis, santa Teresa de Jesús, santa Magdalena María de Pazzis y la B. Margarita María de Alacoque. Aquí, pues, en presencia de tantos adoradores del divino Corazón mandó el Señor a su siervo que repitiera su oferta; y, aquí, dice el H. Bernardo delante de tantos cortesanos del cielo y amigos suyos hizo segunda vez el alma la oferta del librito. Mirólo segunda vez el Señor con muestras de sumo placer, y parecióle al propio tiempo al H. Bernardo que veía dentro del Corazón dulcísimo uno como traslado del mismo, con lo que entendió guardaba Jesús en su Corazón el obsequio que en este librito se le rendía.

»Hecha de esta manera y recibida la oferta, preguntó amorosísimo el Señor al H. Bernardo qué pedía a su Corazón en recompensa. Anegado en confusión y abrasado en amor al Corazón divino, respondió el H. Bernardo que no pedía más que la extensión de su celestial culto y sus progresos en España y en toda la Iglesia. Pero, insistiendo que deseaba el Señor que le pidiese todavía alguna gracia especial para su librito, le suplico humildemente se sirviese confirmar las gracias e indulgencias que los señores obispos habían concedido a los que lo leyesen».

»Oyó el benignísimo Señor la humilde súplica de su siervo, y accediendo a ella, le respondió con un rostro de amor y majestad que su corazón las confirmaba: mas, que los que leyesen este librito con buena intención, serían aprobados de su Corazón; el cual a todos concedía, entre otros, un don especial: a los pecadores, inspiraciones por medio de su lectura para salir de su mal estado; a los justos, mayores gracias y deseos de caminar a la perfección, a los perfectos, un amor purísimo y ardentísimo a su Corazón, en el cual sentirán sus deliciosísimas dulzuras.

A partir de este momento el padre Hoyos se dedicó enteramente a la difusión del libro, se repartió en todos los ambientes: desde la familia real, pasando por todos los obispos, hasta comunidades religiosas, parroquias, misiones populares, llegando hasta las Indias españolas, de tal modo que la presencia de la devoción al Corazón de Jesús en España, fruto del ardor y fervor de sus apóstoles y teniendo como uno de los instrumentos principales la lectura del *Tesoro escondido*, cambió radicalmente en muy breve tiempo.

Esta primera edición se agotó inmediatamente. Un año más tarde, en 1735, se editó en Barcelona y con pequeñas variaciones se sucedieron las ediciones en los años inmediatos hasta nuestros días. La última edición, del año 2007, preparada por el padre Postigo, vicepostulador de la causa de beatificación, ha contribuido una vez más a renovar y a extender la devoción al Corazón de Jesús y también para que llegue la causa de beatificación a feliz término en el próximo mes de abril.



Un amor inaudito

*Fragmentos de «Tesoro escondido»,
del padre Juan de Loyola, S.I.*

EL OBJETO DE ESTE CULTO

El objeto, pues, que se propone en este culto a la veneración de los fieles, es el divinísimo, santísimo y amabilísimo Corazón de Jesús, no considerado como una cosa inánime, destituida de vida y de sentido y separada de todo aquello con que tiene indisoluble unión; sino antes bien, como un Corazón que vive, que siente, que ama, adornado de todas aquellas perfecciones con que se halla en la sacratísima Humanidad de Cristo, junto con las demás partes de su Cuerpo sacrosanto (aunque como la más noble y principal entre todas); vestido de todas las virtudes, dones y gracias celestiales, que le hermocean; informado de su alma santísima y unido con la persona del Verbo, con quienes compone un solo adecuado objeto de este culto: al modo que en la fiesta del Corpus el objeto, a quien propia y directamente se enderezan todos los sagrados solemnes cultos de este día, es la misma Carne y Sangre del santísimo Cuerpo del Señor (lo que acaso muchos no habrán advertido); sin que por ello dejen de mirar al mismo tiempo, aunque indirectamente, y, como hablan los teólogos, por concomitancia solamente, al alma, a la Divinidad y Persona de Cristo, con quienes hace un solo objeto de esta solemne fiesta.

Este es el sagrado objeto del suavísimo culto del Corazón; es a saber, el mismo deífico Corazón de Jesús, tomado en el sentido que acabamos de explicar, cuya admirable excelencia se conocerá considerándole, o en sí mismo, o en cuanto dice relación a los hombres. Considerado en sí mismo, participa por una parte todas las excelencias que la Sagrada Escritura, la Santa Iglesia y los Santos Padres dan a la Carne purísima y santísima de Cristo, quien las cifró en aquellas palabras: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam*; (El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene la vida eterna). Por otra parte, tiene este Sagrado Corazón, así en el ser físico como en el moral, muchas particularidades, que no conviniendo a otras partes del Cuerpo sacrosanto de Jesús, elevan su excelencia sobre todas ellas y le hacen no solamente dignísimo de aquella veneración y culto que se debe a las demás (por la unión hipostática que tiene, igualmente que ellas, con el Verbo), sino acreedor también entre todas a otro más especial sagrado culto, por la especialidad de sus excelencias y singulares prerrogativas.

UN CORAZÓN QUE AMA A LOS HOMBRES

Porque, ¿qué cosa puede presentárenos más digna de nuestra devoción amante que el Corazón amantísimo de Jesús? ¿Qué cosa más dulce, más tierna, y más amable? En este sacratísimo Corazón están escritos, digámoslo así, o impresos los infinitos beneficios, que Jesús ha hecho a los hombres. Allí se miran sagradamente esculpidos los inmensos trabajos, dolores y penas, que padeció por todo el género humano. Miremos compasivos el Corazón Sagrado de Jesús oprimido por amor de los hombres con tantos y tan acerbos dolores, que puede asegurarse con toda verdad que sólo él padeció por nuestro amor más que todos los otros miembros juntos de su sacrosanto Cuerpo. Es indubitable que la Pasión de Jesús en lo interior fue más penosa incomparablemente que en lo exterior; como también es cierto que toda la pena interior fue en el Sagrado Corazón, al cual, como a su centro, concurrieron todos los

dolores de su alma santísima. Y así la tristeza, bastante, como él dijo, para causarle la muerte, el desamparo del Eterno Padre, el dolor de nuestros pecados, el temor, tedio, pavor, sudor de sangre, cuanto acerbo, cuanto amargo, cuanto cruel, cuanto terrible padeció Jesús en el Huerto, en el discurso de su Pasión y en la Cruz, todo fue cáliz amargo de su amantísimo Corazón principalmente: todo aquel piélago inmenso de dolores, todo se juntó en su afligidísimo Corazón.

Miremos con atenta y piadosa reflexión a este deífico Corazón, por una parte conmovido y afligido vehementemente por nuestras miseria; condolido y atribulado amargamente por nuestros pecados; y por otra, ardiendo en vivas llamas de nuestro amor, abrasado en sus incendios desde el primer instante en que empezó a vivir. Contemplemos a este Corazón, en quien estuvieron de asiento los medios y consejos to-

dos que tomó Jesús, dulcísimo Salvador de las almas, para nuestra felicidad eterna: del cual, como de sagrada fuente, manaron los bienes que al presente goza el linaje humano y todos los que ha de gozar por una eternidad intermi-

nable y eternamente feliz. Consideren esto los fieles, y no habrá corazón tan de hielo o de diamante que no se ablande y encienda en el amor, veneración y culto del Corazón amabilísimo de Jesús.

CORAZÓN REFUGIO DE LAS ALMAS

De aquí nace, para incentivo de nuestro amor, una reflexión propia de las almas que aspiran a una elevada perfección, y es que en el Corazón de Jesús, abierto con el cruel hierro de la lanza, hallan un segurísimo y soberano asilo las almas puras y verdaderamente amantes: pues a este fin fue herido, como lo reveló María Santísima a su devotísima hija la venerable madre María de Agreda, ilustre honor de nuestra España, exhortándola a refugiarse en este celestial Sagrario, con las palabras siguientes: «Mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo a los hombres, sobre las llagas de los pies y manos, quiso admitir la del Costado sobre el Corazón, que es el asiento del amor; para que por aquella puerta entrasen, como a gustarle y participarle en la misma fuente, y allí tuviesen las almas su refugio y su consuelo. Este solo quiero yo que busques en el tiempo de tu destierro, y que le tengas por habitación segura sobre la tierra: allí aprenderás las leyes y condiciones del amor». Y el mismo Jesús convida a buscar el más suave refrigerio de nuestros afanes y fatigas con aquellas dulces palabras: Venid a mi todos los que trabajáis y estáis cansados, que yo os recrearé; nos exhorta también a cursar afectuosos la sagrada escuela de su amante Corazón, en que dicta como Maestro divino lecciones de la más alta perfección y sabiduría, diciéndonos: Y aprended de mi, que soy manso y humilde de Corazón. Y concluye, finalmente, asegurándonos que en él encontraremos el más feliz descanso para nuestras almas.

Cuán frecuente y familiar fuese a los santos más enamorados de Jesús el acogerse al celestial retiro de su sacrosanto Corazón, constará con sólo leer las vidas o escritos de algunos de ellos. El dulcísimo padre san Bernardo explica sus piadosos afectos al Corazón de Jesús en esta forma: «Porque hemos llegado al dulcísimo Corazón de Jesús, y es bueno permanecer aquí, no dejemos que cosa alguna nos aparte de este divino Corazón. ¡Oh que bueno y agradable es habitar en este Corazón! ... ¿Quién no amaré este Corazón tan herido? ¿Quién no corresponderá amante a quien tan finamente le ama?»

El seráfico doctor san Buenaventura, abrazado en amor a las santísimas llagas de Jesucristo, dice así entre mil otros afectos: «De cuán-

ta dulzura, piensas, que goza el alma que entra por el Costado abierto de Jesús hasta juntarse con su divino Corazón? Ciertamente no puedo declararlo; pero procuro experimentarlo... ¡Oh bienaventurada lanza, y bienaventurados clavos que merecieron hacer tales heridas! Oh si yo hubiera sido aquella lanza! No hubiera querido salir del Costado de Jesús; y diría: éste es mi descanso en los siglos de los siglos; aquí habitaré, porque elegí esta morada».

El doctísimo y piadosísimo padre Francisco Suárez de la Compañía de Jesús dice así: «Quiso Cristo ser herido en aquella parte de su cuerpo, de donde manifestase su Corazón a los hombres; para que entendiesen que tenía abierta la puerta, por donde pudiesen entrar al Corazón de Cristo y descansar en él».

Pero quien gustó con regaladísima suavidad de las delicias de este amabilísimo Corazón, fueron algunas de las esposas más queridas de Jesús. Entre otras, santa Gertrudis (a quien favoreció singularmente su celestial Esposo, descubriéndola las riquezas de este sagrado tesoro), como embriagada del amor del divino Corazón, dice así: «Después, Jesús mío, de tan inexplicables beneficios, como de vuestra bondad he recibido, añadiste la inestimable familiaridad de tu amistad divina, dándome de mil modos aquella arca nobilísima de la Divinidad; esto es, vuestro Corazón deífico, compendio de todas mis delicias: unas veces me dáis graciosamente vuestro divino corazón; otras, para mayor indicio de familiaridad mutua, trocáis vuestro Corazón con el mío».

En las revelaciones de santa Matilde se leen estas expresiones del Corazón de Jesús: «Respondíame el Señor (dice la Santa): te doy mi Corazón en prendas: te doy mi Corazón para casa de refugio. Este era uno de los principales dones de Dios.» Empezó a aficionarse con maravillosa devoción al Corazón divino de Jesús, y casi siempre que Cristo se le aparecía, recibía algún don especial de su Corazón. Estas son, entre muchas otras que omitimos, las devotísimas expresiones en que explican los santos su encendido amor, su ternura afectuosa y su veneración reverente al dulcísimo Corazón de nuestro buen Jesús: y todas son nuevos títulos que nos recomiendan grandemente su sagrado culto.

LA QUEJA DE UN CORAZÓN HERIDO

Herido vivamente el amantísimo Corazón de Jesús de las ingratitudes de los hombres, pide a la piedad de los fieles suavicen su dolor, recompensen sus injurias y resarzan su honra vulnerada con tan sensibles ofensas. Si hay quien desee saber la recompensa que desea Jesús por lenitivo de su afligidísimo Corazón, ya la señaló él mismo en la petición que en la venerable Margarita hizo a toda la Iglesia, pidiéndole especial oficio y culto para desagraviar su Corazón ofendido, con estas palabras: «Te pido que el viernes inmediato a la Octava de la festividad del Corpus se dedique particularmente al culto de mi Corazón: en el cual día, comulgando, se compensen de alguna manera las injurias cometidas contra mi Corazón amante en el Sacramento del Altar, especialmente en los días que estoy expuesto a la veneración de los fieles».

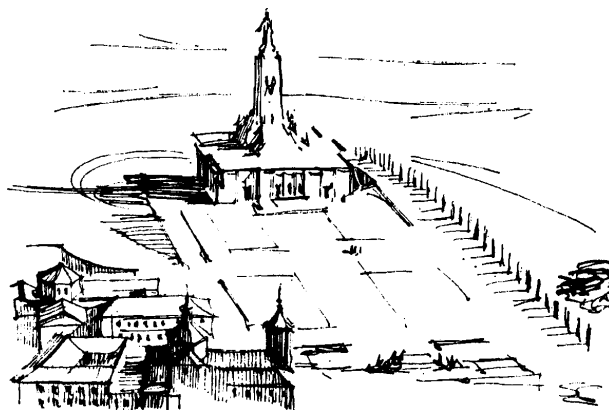
¿Qué cosa más justa que esta queja amorosa del amantísimo Jesús? ¿Qué expresiones

más vivas y poderosas para mover nuestros corazones? Si tenemos algún sentimiento de fe, si tenemos algún sentimiento de piedad para con nuestro Salvador ¿podrán dejar de conmoverse nuestros corazones con las tiernas quejas y amantes expresiones de Jesús? ¿Podrán dejar de hacer todos los esfuerzos posibles para satisfacer sus amorosas ansias y deseos? A todos y a cada uno de nosotros en particular, nos dice como a su esposa Margarita: «Te pido que el viernes inmediato a la Octava de la festividad del Corpus se dedique particularmente al culto de mi Corazón». ¿Habrás quien niegue a Jesús tan amorosa y justa petición? ¡Oh dulcísimo Jesús! Yo consagraré todos los días de mi vida al culto de vuestro santísimo Corazón el viernes inmediato a la Octava del Corpus para reparar vuestras injurias; yo procuraré con mis débiles fuerzas que ejecuten lo mismo todas las almas, con quienes vuestra Majestad se dignare darme algún crédito.

LLAMADOS A CORRESPONDER A UN EXCESIVO AMOR

De la comparación hecha en este capítulo (para venir finalmente a su conclusión) entre el amor del Corazón de Jesús y las ingratitudes de los hombres, consta cuán justa sea su amorosa queja y cuán grande nuestra obligación de resarcir sus ofensas. De donde se infiere consiguientemente, cuán propio sea de un ánimo cristiano corresponder a las finezas de aquel amante Corazón y desagraviar con todo género de obsequios sus injurias; en lo cual, como al principio se dijo, consiste el fin soberano de este culto. Pondérese con atenta reflexión la grandeza y santidad de fin tan alto, y por ella se podrá formar algún concepto de la excelencia y dignidad del culto que a él se dirige. ¡Oh corazones! cuantos os preciáis de generosos, en el culto de este Rey de los corazo-

nes tiene digno empleo vuestra generosidad. ¡Oh Corazón divinísimo! ¡Si moviéseis a algunos de aquellos vuestros siervos que buscan en todo la mayor gloria de su Dios, para que volviesen por la vuestra, tan indignamente ofendida! ¡Oh Jesús dulcísimo! Si inspiráseis a vuestra amada Esposa la Iglesia Santa, que ella misma se emplease en los desagravios de vuestro sacrosanto Corazón, ingratemente injuriado, y empeñase a todos sus fieles y verdaderos hijos en su sagrado culto, para reparar de algún modo las malas correspondencias que sufre vuestro amor injustamente ultrajado y desatendido de los hombres, especialmente en el adorable Sacramento del Altar, misterio (verdaderamente del amor) de vuestro amantísimo Corazón!



Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey

RAMON ORLANDIS DESPUIG, S.I.

FUE el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su encíclica *Quas primas* el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de *Cristo Rey*. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción de la importancia y de la actualidad del acto, se deja bien entrever en el recuento de los antecedentes que lo han ido preparando y con que se abre la Encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que siente de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la encíclica *Quas primas* sino un eco profundo de aquella otra Encíclica, *Ubi arcano*, en donde el mismo Pío XI dio a conocer al pueblo cristiano y el universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: «*La paz de Cristo en el Reino de Cristo*»?

En aquella primera Encíclica, magistral por su doctrina, ¡cómo se trasluce en todos los párrafos la angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarriado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogiéndose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La encíclica *Ubi arcano*, es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la encíclica *Quas primas*. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; éste es el contenido de la encíclica.

El pensamiento del Papa

SE puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que se siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (*Ubi arcano*, *Quas primas*).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (*passim*).

3.º Por consiguiente entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituida ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defienda y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (*Ubi arcano*).

4.º La realización de este ideal, no tan sólo se ha de desear y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (*Ubi arcano*, *Quas primas*, *Miserentissimus Redemptor*).

La peste de nuestro tiempo

CUANTAS veces habla S.S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier Papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo, en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del Reinado de Cristo puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruido, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas? No es otra que el *laicismo*. Las palabras de Pío XI son terminantes:

«Al prescribir al mundo católico que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado *laicismo*, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en sólo un día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden —claro es— a la bienaventuranza eterna. Luego paso tras paso se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en sustituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios» (*Quas primas*).

Esta caracterización del malhadado *laicismo*, peste de nuestra sociedad, descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor edad.

¿De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, qué consecuencias se siguen para la sociedad? S.S. nos lo recuerda a renglón seguido: «Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la encíclica *Ubi arcano* y de nuevo los lamentamos hoy». Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: «La humana sociedad transtornada y llevada a la destrucción.»

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud, prosperidad. «Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil; la justa libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz.»

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere no a la ligera ni con prejuicios los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

Táctica del Pontífice

LA táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jefes de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e inmovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿tuvo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un papa por ejemplo de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una encíclica *Quas primas* esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristiani-



Pío XI

zado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad, que el mundo actual tiene con ella.

La realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea «Cristo Rey, Reino de Cristo» y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la realeza de Cristo, que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido

con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Y si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinado de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo xvii, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus encíclicas los actuales pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pictóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor*, pueblo y gobernantes han clamado «no queremos que Éste, que Cristo reine sobre nosotros»; para que los fieles súbditos de Cristo a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor «es necesario que Éste, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino».

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública —no de los de pormenor, ni de los de índole técnica— se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

CON esto puede ya rastrearse de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le ofrece Cristo Rey más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que a nuestro humilde entender jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad *dilettante* desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aun en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aun en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvencijadas, sin trabazón ni consistencia; mas a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo con tal de que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S.S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo

Rey que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en clamor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice san Ignacio, entre los hijos de los hombres y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su conocido libro *Una nueva Edad Media*, entrevé los primeros tenuísimos fulgores de un día que ya amanece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en el cual el género humano acatará amorosamente el Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media enmendada a gusto del pensador, una Edad Media liberada de la ambición y del predominio temporal de los pontífices romanos; lástima de tal obcecación sectaria en una vista tan perspicaz como la de Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferencia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; mas sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; esta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, esta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey



es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

LA esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Paray-le-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de santa Margarita. ¿Cómo las entendía la santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta la santa, la devoción al divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: «Reinaré a pesar de

mis enemigos.» Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los papas mismos, vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladinamente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el pontífice León XIII en su encíclica *Annum Sacrum* señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S.S. Pío XI declara en su encíclica *Miserentissimus Redemptor* que al instituir la fiesta de Cristo Rey se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la realeza de Cristo, pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al reinado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en olvido al pontífice reinante, que ya en su primera encíclica hizo suyos expresamente los actos y las esperanzas de sus predecesores, de que acabamos de hablar.

El padre Agustín de Cardaveraz, místico del siglo XVIII

(I)

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

Alma privilegiada con dones místicos

EN las *Cuentas de conciencia* publicadas en el año 2003 por el historiador José Ignacio Tellechea e Idígoras podemos encontrar el inicio, desarrollo y alcance de los dones místicos con los que el Corazón de Jesús dotó a esa alma escogida que fue el padre Agustín de Cardaveraz y el progresivo paso por todas las fases de la mística, desde la vía purgativa hasta la vía unitiva para culminar con los desposorios espirituales.

Agustín de Cardaveraz fue dirigido del padre Juan de Loyola, que fue profesor de filosofía y teología en Valladolid y en Segovia, rector en los colegios de Tudela, Segovia y Pamplona; fue también instructor con los padres de tercera probación en el colegio de San Ignacio de Valladolid. Tuvo también por director espiritual al célebre misionero tafallés, el padre Pedro de Calatayud, que era profesor de filosofía y al que el padre Cardaveraz le animó a dedicarse a los ministerios apostólicos, de manera que pasó su vida dando misiones, predicando sobre la devoción al Corazón de Jesús y erigiendo numerosas congregaciones del Corazón de Jesús.

Oración de contemplación

RESPECTO de la oración a que Dios en aquel tiempo le llamaba, y que por sí mismo le enseñó, parece fuera de toda duda, por lo que nos ha dicho, que Su Divina Majestad, desde los trece años, le elevó a uno de los grados primeros de la *contemplación*, o sea, un género de oración extraordinaria, que el Señor concede gratuitamente a quien le place, y en la cual se conduce el alma de una manera más bien pasiva que activa, pues con poco ejercicio del entendimiento, porque Dios se encarga de ilustrarle con su luz, se enciende la voluntad en ardientes afectos y se sacan grandes provechos para la santidad de la vida.

A este respecto, el 21 de junio de 1729 escribe Cardaveraz:

«Ahora –dice– que con luz divina conozco mejor las cosas, alabo al Señor con admiración, por el *don de oración y contemplación* de sus divinas perfecciones, que me comunicó siendo gramático, y de

los abrasados incendios de amor que padecía, de los afectos tan divinos que mi corazón herido de amor despedía, de las muchas lágrimas que derramaba por mis pecados... y de la presencia y trato con Dios que tenía aun por las calles, etc. Yo no sé, padre mío, quién me enseñó a mí estas cosas, pues, según conozco ahora, no eran para doctrina de maestros humanos, ni yo leí en libros cosas y método tan elevado... Sólo Dios fue mi maestro, que enseña verdadera sabiduría a los párvulos, y me llamaba con tanta dulzura, que me admiro ahora que lo considero».

Forma en que el Señor comenzó a manifestarse a Agustín de Cardaveraz

HAY en la contemplación grados diversos, según la mayor o menor intensidad con que esta soberana luz comunica sus celestes resplandores. Empieza por ilustrar la inteligencia para hacerla percibir las verdades altísimas de Dios, acaba, en su grado más perfecto, penetrando y encendiendo el alma toda de manera que la transforma místicamente y por amor en Dios, a semejanza de lo que acontece en una oscura nube, que, iluminada poco a poco por la luz solar, de tal modo viene finalmente a ser penetrada y toda encendida por aquellos rayos, que pudiéramos decir se ha transformado en otro sol.

Santo Tomás de Aquino compara el beneficio de la contemplación con la dicha de los bienaventurados en el cielo. La llama bienaventuranza imperfecta e incoada, esto es, comienzo de aquella felicidad, que después se ha de gozar perfectamente en la gloria. Porque ¿qué cosa puede haber más semejante a la felicidad del cielo, que penetrar las cosas divinas sin fatiga de discurso, con una simple mirada, y de un modo más conforme a la mente de los puros espíritus, que a la inteligencia de los hombres?

Es un error, demasiado extendido en el pueblo cristiano, creer que los supremos favores que Dios concede a los santos, son el poder de obrar milagros que maravillan al mundo, el de revelar cosas ocultas, y profetizar futuros acontecimientos. Estas no son gracias que hacen santos a los que las reciben; pues, como dice santo Tomás de Aquino, se les conceden principalmente en beneficio de sus prójimos, y de suyo pudieran también hallarse en personas ajenas a la santidad, aunque Dios ordinariamente no las conceda a tales personas.

Las gracias exclusivamente propias de los santos, las que de verdad los santifican, residen en el fondo de su alma, y éstas tienen por objeto enriquecerlos en su mismo ser con aumento de virtudes y de méritos con un conocimiento y un amor, y una unión con Dios, en fin, que los hace más divinos.

Nos dice el propio Agustín:

Modo que tengo de tener oración mental, y lo que en ella me pasa

Lo que me nace de la oración es un deseo ardentísimo de estar con su Majestad eternamente; aunque no por eso siento ninguna dificultad en cosa alguna que ordena la obediencia, ni sintiera repugnancia si me mandasen no tener oración. Porque de donde me resultan todos los consuelos y bienes es de saber que hago la voluntad de Dios, en el cual ejercicio siento una especial luz y fe que el Señor me comunica con muy singulares consuelos entre día, porque en las obras exteriores me parece que oigo decir *Mira que estás haciendo la voluntad de Dios*, con lo cual queda mi alma con indecible consuelo, y mi cuerpo rebosando fuego con muy dulces lágrimas.

Entre otros efectos, los más esenciales son los siguientes.

Deseos ardentísimos de ver a Dios cara a cara en aquella patria celestial. De donde me nace un grande sentimiento de este tan largo destierro, con lágrimas de ternura cuando me acuerdo del cielo.

Lo segundo, un grande temor de los juicios de Dios y de perder a su Majestad por mi mala correspondencia y faltas; mucho por las que conozco, y mucho por las que no conozco yo por mi fragilidad y cegado del amor propio.

Tercero, un grande despego de las cosas de este mundo.

Cuarto, grandes deseos de penitencias y mortificación.

Quinto, grandes temores y recelos de mi espíritu; aunque en esta parte tengo segura confianza en todo lo que el superior me dice, de suerte que, aunque me viniese un ángel a asegurármelo, no tendría tanta seguridad como en lo que el superior, porque me arrojó en los brazos de mi Dios con vivísima fe, y sin el menor trabajo me sucede lo que nuestro Santo Padre dice en la carta de la obediencia en el último medio que allí da para alcanzarla.

Sexto, que no siento tanta inclinación a las oraciones vocales; porque me hallo –sin saber cómo– metido en la mental, especialmente delante del Santísimo.

Séptimo, indecibles deseos de padecer mucho por su Majestad.

Octavo, continuas ansias de agradarle más y más, y encendidos deseos de amarle y servirle.

Noveno, una muy grande luz de mi nada y su grandeza, y deseos que todos le amen.

Décimo, grandes ansias de humillación, abatimiento y desprecios por su amor.

Visiones y locuciones sobrenaturales

EL trato familiar con Dios, de un alma elevada a las alturas de la contemplación, suele ir frecuentemente acompañado de visiones y locuciones sobrenaturales, por las cuales el alma mira o escucha con toda claridad lo que el Señor la quiere descubrir.

Tres clases hay de visiones sobrenaturales, y se llaman *corpóreas, imaginarias e intelectuales*. La primera clase de visiones se dirige a los sentidos exteriores; la segunda es más excelente, pues se encamina a la imaginación; la tercera es aún más noble, pues va directamente al entendimiento, por medio de puras especies intelectuales, y el alma que así obra, procede al modo de los ángeles, y de las almas que viven separadas de los cuerpos en la patria bienaventurada. Esta división es generalmente admitida por los doctores de la Iglesia; y santo Tomás, explicando el rapto de san Pablo: «*Por tercer cielo* –dice– puede entenderse una visión sobrenatural... El primer cielo sería la visión corporal sobrehumana, que nos llega por los sentidos: así se vio aquella mano escribiendo en la pared (Daniel, V). El segundo cielo sería la visión imaginaria, como la que tuvieron Isaías y san Juan en el Apocalipsis. Y por fin, el tercer cielo sería la visión intelectual».¹

En todas estas clases de visiones, tiene Dios por objeto llevar las almas suavemente a la perfección, moviéndolas al bien, por las facultades que Él mismo les ha dado; pues obra suya son los sentidos exteriores, la imaginación y el entendimiento, y de todas puede valerse, y se vale, para acercarnos a Él, según los planes de su Providencia.

Así lo describe el padre Cardaveraz:

«Cada día me iba el Señor disponiendo para su más íntima unión; y así, después de unos cinco meses que me comunicó aquel nuevo fervor en los ejercicios, se dignó de mostrármelo. Porque estando una tarde en oración, víspera de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, *apareció la benignidad y humanidad de nuestro Salvador* por visión imaginaria, en forma de un hermosísimo mancebo como de edad de unos catorce años (...)

1. Suma teológica II II^o q. 175, a.3 ad 4.

Más adelante:

»El Viernes Santo de esta semana, asistiendo por la tarde en la iglesia, me hallé en espíritu en el Monte Calvario, a los pies de Jesús crucificado. Era el monte de poco más que mediana altura: estaba todo en tinieblas, aunque no como de noche. Estaba yo acompañando a mi Jesús dulcísimo, con gran dolor y pena; díjome el Señor que fuese siempre devotísimo de su sacratísima Pasión, y que todos los días hiciese particular memoria de sus penas. Y así como lo dijo, me infundió muy especial devoción y afecto, con grandes luces de todos los pasos de su santísima Pasión.

»Luego, el día de su gloriosa Resurrección, después de la Comunión, se me mostró el mismo Señor, triunfante, glorioso y lleno de luces, dentro de mi corazón, que aparecía como una sala cuadrada: y con su entrada, llenó de claridad el Señor, con sus luces, toda aquella pieza. Me consoló sobremanera la vista del Señor, y me llenó de júbilos indecibles, dándome a entender que el ser participante de sus dolores y penas, era disposición para serlo de sus júbilos y gozo celestial»

Cada día le iba el Señor disponiendo para *la más íntima unión* con la Divina Majestad.

La unión con Dios

ESTA unión, que ahora en Agustín consideramos, consiste en un vivir confidencias, le dispensó el Señor sus favores en muchas ocasiones y en concreto en la Sagrada Comunión, y en otros dones admirables que se le concedieron.

«Al segundo año de las Artes empezó (el Señor) a convidarme con estos dulces llamamientos y heridas regaladas de aquellas flechas de amor. Y en una ocasión, regalándome con su suavísima presencia, me dijo y me aseguró, *que quería estar dentro de mi corazón, y hacerme compañía: añadiendo que, para esto, en adelante experimentaría que, todas las veces que yo volviese dentro de mí, le hallaría siempre haciéndome compañía, y recreando mi alma con su deliciosa vista y dulzura regaladas.* Así lo ha cumplido Su Majestad hasta ahora, usando de su inenarrable misericordia, sufriendo mis pecados e ingratitudes, y los olvidos y desaires de esta vil criatura».

Aquí tenemos brevemente expuesto en qué consiste la unión mística: presencia de Dios, de un modo

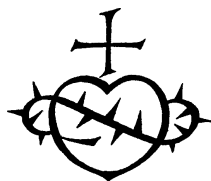
experimental, en *lo más interior* del alma, porque toda ella está ya purificada, y transformada en el Señor; y *unión permanente* con Él, de tal manera que está en manos del alma el sentir la compañía de su divino Soberano.

Favores en la Eucaristía

Práctica de lo que hago cuando voy a la oración especialmente delante del Santísimo, según lo que me enseñó el Señor en muchas ocasiones:

La práctica que se sigue, procuro observarla siempre que voy delante del Señor Sacramentado y muchas veces entre día aun por los tránsitos, cuando sirvo a la mesa, por las calles, etc.. (...) mas cuando me da lugar, exhalado mi corazón, aun antes de ponerme de rodillas, porque el alma presente de un modo milagroso y conoce la presencia real de Jesús sacramentado, prorrumpo luego en semejantes afectos (39 v):

«Inclinado hasta lo profundo de mi nada, os adoro y reverencio en ese augusto Sacramento, soberano Señor y señor mío, como a mi Dios, como a mi Rey y soberano dueño mío. Yo os alabo, glorifico y ensalzo en todos los siglos con la más profunda y humilde reverencia que puedo, por todos aquellos que no os alaban, glorifican y ensalzan. Yo os amo por todos los que no os aman. Yo os hago infinitas gracias por todos los que os son ingratos, y deseo hacer y cumplir con todos aquellos buenos oficios y obsequios que os deben tributar todas vuestras criaturas, por todos los que, ocupados en negocios y metidos en el tráfago del mundo, no pueden o no quieren, con cuanto os deben cumplir ni acordarse de Vos. Deseo, Señor, que todas vuestras criaturas os conozcan, amen y bendigan. Deseo amaros con infinito amor de infinitos amadores y por infinitas eternidades. Deseo amaros como Vos mismo os amáis. Y ya que esto no me es posible, alégrome infinito de que Vos sólo cumpláis perfectamente mi deseo. Alégrome de que os améis con infinito amor. Gózome de que seáis quien sois. Gózome de vuestras infinitas perfecciones, atributos y excelencias. Gózome de vuestro ser inconmutable y de vuestra suma independencia. Esto deseo hacer, Dios mío amantísimo, por todas y en nombre de todas vuestras criaturas, como si todas sus voluntades estuvieran en la mía, porque para esto me habéis criado, para esto me habéis traído a vuestra dulcísima Compañía y me habéis llenado de vuestros divinos dones y gracias y me habéis mostrado los tesoros de vuestras riquezas y misericordias».



La meditación de Cristo Rey

JOSÉ M.^a MURALL, S.I.

TODOS los comentaristas del libro de los Ejercicios convienen en llamar «Principio y fundamento» a la contemplación del «Reino de Cristo» aplicándole tal nombre por ver encerradas en ella una serie de afirmaciones que han de ser a la vez punto de partida para hallar lo que en los santos Ejercicios se busca y fundamento de la obra que en ellos se emprende.

Y si bien es conocida la índole eminentemente práctica del ingenio de san Ignacio y en especial de su libro de los Ejercicios, andaría muy fuera de sentir quien ligeramente y por meras apariencias juzgara al autor de los Ejercicios, y le tuviera así como un nuevo practicón de la ciencia del espíritu. Es el libro de los Ejercicios de tal profundidad y elevación que parece superior a todo análisis. Cuanto más en él se ahonda, más verdadera y completa parece ser su doctrina. Y esto ¿cómo pudiera darse, si, fuera por luz del cielo, fuera por otro camino o por todos ellos, no poseyera el autor una como plenitud de la ciencia del espíritu y de sus principios y fundamentos psicológicos, ontológicos y teológicos? Ahora bien, como la ciencia del autor no puede menos de trascender toda la obra, analizándola serena y concienzudamente, no hay por qué desconfiar de poder llegar hasta cierto punto a reconstruir aquel cuerpo de doctrina, maravilloso por su sencillez, por su profundidad y por su fecundidad que iluminaba la mente del santo al escribir su admirable libro.¹

Esta afirmación de escritor tan autorizado la vemos claramente confirmada en el asunto, objeto de este artículo.

Concepción integral de Jesucristo en los Ejercicios

TODA la primera semana del libro de los Ejercicios está vivificada por Cristo nuestro Señor, «Redentor de los pecadores». Recordemos el coloquio del primer ejercicio: «Imaginar a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, como de Creador es venido a hacerse hombre, de vida eterna a muerte temporal y así a morir por mis pecados».

El llamamiento del Rey temporal que ayuda a contemplar la vida del Rey Eternal forma la introducción fundamental a todas las semanas del libro. Ver sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor

predicaba. El tema del Evangelio no es otro que el Reino de Dios, anunciado por Cristo, establecido por Cristo, gobernado por Cristo.

Ver a Cristo nuestro Señor Rey eterno y delante de Él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama y dice: «Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre: por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria».

Cristo nuestro Señor es el sumo y verdadero Capitán, Señor de todo el mundo, que escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y les envía por todo él, esparciendo su sagrada doctrina por todos los estados y condiciones de personas. Les amaestra encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos en suma pobreza espiritual y a desear los oprobios y desprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad y de ella todas las demás virtudes.

Finalmente, los intérpretes más fieles del pensamiento del santo nos conducen todos, para hallar la quintaesencia de este pensamiento, a la consideración de «Tres maneras de humildad», a aquella tercera manera, la cual, incluyendo la segunda, o sea, la disposición de plena lógica sobrenatural, que es fruto del «Principio y fundamento», la supera aun en las intuiciones del amor de Cristo y lleva el alma a participar plenamente de aquello que es la cumbre de la vida redentora, el absoluto y total desprendimiento y los oprobios de la cruz.

Dice el Santo: La tercera es humildad perfectísima, es a saber, cuando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la Divina Majestad, por imitar y parecer más absolutamente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.

¡Cuán admirablemente refleja toda esta concepción ignaciana la doctrina revelada sobre Jesucristo en el Antiguo y Nuevo Testamento! ¡Cómo aparecen en ella los oficios que declaran la misión de Mesías, del Ungido, de Cristo nuestro Señor, apelativo predilecto de san Ignacio en su libro! Mesías, aquel que había de venir, al que esperaban los israelitas, había de ser rey, profeta, sacerdote. El nombre de rey es nombre de potestad; el de profeta es nombre de sabiduría: el nombre de sacerdote es nombre de gracia y reconciliación.

Que estos cuatro atributos están en Dios: poder, sa-

1. P. Orlandis, *Manresa*. 1934. Abril, p. 114.

biduría, bondad y amor. Como quiera, pues, que el hombre, pecando, por la desobediencia se rebeló contra el poder divino por la ignorancia y el error fue privado de la luz de la verdad, por la malicia y perversidad se hizo abominable a la santidad divina: por todo esto fue enviado el Mesías rey, profeta, sacerdote: Mesías rey constituido por Dios, que en nombre de Dios, sujetase a la divina potestad todos los hombres y todas las gentes y les prescribiera la vía y norma de bien vivir: Mesías profeta, que con la luz de la sabiduría y verdad divina esclareciera los humanos entendimientos; Mesías sacerdote, que reconciliara los hombres con Dios y les uniese a la fuente de vida eterna. He aquí los principales oficios del Mesías, del Ungido, de Cristo.²

Detengámonos algo más en el oficio de Rey que san Ignacio nos describe en la meditación llamada, como dijimos, «Principio y fundamento», de las contemplaciones todas de la vida de Cristo.

Realeza de Cristo

SON muchos los lugares de la Sagrada Escritura que enseñan claramente que Cristo había de ser Rey y no Rey cualquiera, sino Rey teocrático, Rey que había de ser resucitado por Dios y con Dios íntimamente unido.

La realeza de Cristo es con frecuencia atestiguada en el Antiguo Testamento, en especial en los oráculos de los profetas: y en las páginas del Nuevo no sólo no se esconde sino que es confirmada por modo espléndido y magnífico. De esta doctrina de los sagrados libros viene por consecuencia el que la Iglesia, Reino de Cristo en la tierra destinada naturalmente a extenderse a todos los hombres y a todas las naciones, haya saludado y proclamado en el ciclo anual de su liturgia a su Autor y Fundador como Señor soberano y Rey de los reyes. Principado que consta de triple potestad, la cual si faltara, ya no tendríamos el concepto de un verdadero y propio principado.³

De esta breve exposición de la misión de Jesucristo podemos deducir clara y ciertamente por qué san Ignacio elige por fundamento de los Ejercicios el título de Rey, por qué no se detiene en otros títulos gloriosos y repetidos de la Escritura, sino que levanta toda la fábrica de los Ejercicios sobre el fundamento de Cristo Rey y Rey conquistador.

Quien haya considerado íntegramente la concepción ignaciana sobre Jesucristo no buscará otras razones para entender la preferencia de san Ignacio por la realeza de Cristo ni dejará alucinarsé por apariencias externas del genio militar del héroe de Pamplona ni de

aquellos dorados tiempos del apogeo y prepotencia de Castilla en que la persona del rey era sagrada, los soldados fieles, los señores nobles, el juramento santo e inviolable. Ni menos sacará por consecuencia que la concepción ignaciana expuesta en «El llamamiento del Rey temporal» no es ya para nuestros tiempos como si hubiese pasado de moda. Ni juzgará que si la parábola del Rey no hablara a alguno con suficiente rigor, podría adaptársela a su genio, representándose, por ejemplo, el mejor bienhechor, el mejor amigo, el mejor padre, enviado expresamente por Dios para librarle de algún grave peligro en que se hallara.

Carácter militar de la concepción de san Ignacio

ESTÁ fuera de toda discusión que la espiritualidad de san Ignacio correspondió eminentemente a las especiales necesidades de su época, como en otros tiempos la espiritualidad de santo Domingo y san Francisco a las necesidades del siglo XIII; es cierto que la Providencia divina le envió en el momento oportuno en ayuda de la Iglesia con los otros santos contemporáneos, y que por tanto debemos esperar hallar en esta espiritualidad los elementos necesarios de cuanto bueno había en las tendencias dominantes entre sus contemporáneos. Pero, por cuanto providenciales hayan podido ser las dichas conveniencias, no pueden éstas definir la espiritualidad ignaciana en lo que tiene de fundamental.

El calificativo de militar que se ha usado más de una vez para compendiar el conjunto de los rasgos que constituyen la fisonomía propia de la concepción espiritual ignaciana, como si Ignacio hubiese retenido en toda su vida y en toda su obra el distintivo de aquella vida de oficial por él observada hasta la conversión; como si hubiese permanecido siempre el soldado de Pamplona, está destituido de sólido fundamento.

Si militar se toma como sinónimo de guerrero y, por tanto, de espíritu de combate, de lucha, en la cual la actividad y el valor habrán de desplegarse y ponerse en juego belicosamente contra un adversario poderoso, y donde se gustará el sabor amargo del riesgo y de la dificultad, preciso es decir una vez más que, a pesar de ciertas apariencias, la espiritualidad de san Ignacio no es espiritualidad militar. Hubo ciertamente algo de este espíritu en los primeros ensueños de proezas espirituales del convertido de Loyola, pero fue ésta una etapa pronto terminada ya desde Manresa.

Pero si de la palabra militar se retiene solamente el sentido más elevado, el de servicio, el de servicio voluntario y desinteresado en favor de una causa la más noble, del servicio heroico, dispuesto, si el caso se ofrece, hasta el completo sacrificio de la propia vida; en este sentido la espiritualidad ignaciana es militar, pues lo es de servicio desinteresado de la gloria de Dios,

2. P. Rovira. *De opere messianico*, p. 28.

3. Enc. *Quas primas*, núm. 7 y ss.

del servicio voluntariamente abrazado por amor, servicio heroico hasta la abnegación total de sí mismo.

Si la espiritualidad de san Ignacio, en medio de notable variedad de tonos y matices, permanece notablemente basada en el servicio de Dios, de Cristo, Sumo Capitán, apasionadamente amado, realista y concreta, más cuidadosa de ejecución que de especulación, no ha de atribuirse a la influencia del siglo XVI, sino a la acción divina que ha dado aquella orientación característica a la vida espiritual de san Ignacio. Que esta acción divina se haya hallado en armonía con su temperamento, con las tendencias y necesidades de su época, significa solamente con cuánta sabiduría conduce la Providencia a los hombres sin menoscabar en nada la libertad soberana de Dios, al elegir para el santo ciertos dones infusos especiales con preferencia a otros.

La espiritualidad de san Ignacio en sus tendencias profundas no es ni un humanismo antropocéntrico, ni un puro ascetismo estrecho y seco, ni un espíritu belicoso, sino una mística del servicio de Dios por amor, siguiendo a Jesucristo.⁴

La actualidad de los Ejercicios y la realeza de Cristo

No creo sea exageración llamar al nuestro, el siglo de los Ejercicios. Nos lo prueba en primer lugar el testimonio de la Iglesia: su legislación acerca de la conveniencia y obligación de la práctica de ellos; la exhortación a todos los fieles del mundo en documento solemne y único en su género publicado por Pío XI al fin del Año Jubilar, sobre la importancia y oportunidad de los Ejercicios principalmente en nuestra edad; la proclamación de san Ignacio como patrono de las obras todas de Ejercicios espirituales: lo mismo confirman la multiplicación de las casas a ellos reservadas; la ingente cifra de los que volaron a la conquista de la verdadera paz en el sagrado retiro; la acomodación de los Ejercicios a las diversas clases, curia pontificia, episcopado, sacerdotes, religiosos, Acción Católica, obreros, fieles todos sin distinción; la abundancia de revistas y libros impresos en todas las lenguas: el ver, amigos y enemigos, en las casas de Ejercicios las poderosas fortalezas del ejército cristiano.

¿De dónde esta catolicidad de los santos Ejercicios en nuestros días? Para responder satisfactoriamente a esta pregunta basta, escribe Pío XI, considerar, siquiera sea de paso, los tiempos en que vivimos. La más grave enfermedad que aflige nuestra época y fuente fecunda de los males que toda persona sensata lamenta, es la ligereza e irreflexión que lleva extraviados a

los hombres. Pues bien, el remedio y alivio mejor que se puede proponer para curar esta enfermedad que tan reciamente hoy nos aflige, está, afirma el Sumo Pontífice, en la práctica de los Ejercicios espirituales.⁵

Y ahondando más el mismo Sumo Pontífice en la naturaleza de la enfermedad de nuestro siglo, dice en la encíclica sobre Jesucristo Rey: La peste de nuestra edad es el llamado laicismo, con sus errores y sus impíos incentivos. Impiedad que comenzó negando el imperio de Cristo sobre todas las gentes y acabó para no pocos estados por prescindir de Dios, y por poner su religión en la irreligión y en el desprecio de Dios mismo. Los frutos pésimos que este alejarse de Cristo por parte de los individuos y de las naciones produjo tan frecuentemente y durante tanto tiempo, los hemos lamentado y todos hoy lamentamos, viendo la misma sociedad resquebrajada y lanzada a la ruina.

Y para condenar y reponer estas públicas defecciones que el laicismo produjo, con grave perjuicio de la sociedad, debe ayudar grandemente la proclamación de Cristo Rey entre todas las gentes. En verdad, cuanto más se pone en vergonzoso silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, así en las reuniones internacionales como en los Parlamentos, tanto más es necesario aclamarlo públicamente, anunciando por todas partes los derechos de su real dignidad y potestad.⁶

¡Cuán maravillosamente sirven los Ejercicios espirituales de san Ignacio para la enseñanza y para la práctica de la doctrina del Vicario de Cristo, nadie habrá que no lo vea! ¡Como nadie dejará tampoco de ponderar la actualidad viviente de la concepción ignaciana asentando como principio y fundamento de las contemplaciones de Jesucristo la meditación sobre la constitución de su Reino y presentando a su Fundador como Rey Eterno y delante de Él todo el universo mundo al cual y a cada uno en particular llama; y a sus vasallos, haciendo obediencia al Sumo y verdadero Capitán de los buenos, Cristo nuestro Señor! A la verdad la actualidad de la concepción ignaciana sobre la realeza de Cristo nuestro Señor aparece radiante en estos tiempos en que los que militan bajo la bandera de Cristo sumo Capitán y Señor nuestro, cifran todas sus aspiraciones en estas tres palabras: Viva Cristo Rey. Ciertamente: los Ejercicios espirituales de san Ignacio tan actuales fueron para el siglo XVI, como actuales son para el siglo XX, sin que pueda buscarse otra explicación adecuada de tan maravillosa perennidad fuera del pleno conocimiento de la misión de Cristo, puesta en plena luz en el inspirado libro del iluminado penitente de Manresa:

«*Christus, heri, hodie, et in saecula. Regi saeculorum immortalis, ipsi soli honor et gloria*».

4. P. de Guibert. *Revue d'ascétique et de mystique*, 1938, pp. 139-140.

5. Enc. *Mens nostra*, núm. 5.

6. Enc. *Quas primas*, núms. 23, 24 y 25.

La sagrada Pasión y el Corazón de Cristo en los sermones de san Carlos Borromeo

GUILLERMO PONS PONS

Un obispo modelo de labor pastoral

LA personalidad de Carlos Borromeo (1538-1584) suscita en quienes se aproximan al conocimiento de su vida sentimientos de especial admiración y simpatía. En él se descubren unos singulares valores humanos y una profunda vivencia de la fe a través de un proceso de maduración espiritual en la que van a la par su vida interior y el ejercicio de su labor pastoral. Desde una ambientación típicamente renacentista, aunque habiendo observado siempre una conducta digna e irreprochable, Carlos pasa muy pronto a descubrir la riqueza y el gozo de una piedad profunda y el compromiso de una generosa entrega al servicio del pueblo de Dios.

Perteneciendo a una noble familia del Milanesado, desde su infancia fue orientado hacia el estado clerical, y así fue como, siendo un adolescente, recayeron en él diversas prebendas eclesiásticas. Sus estudios se encaminaron a que recibiera una sólida formación humanística y a seguir estudios jurídicos en la universidad de Pavía. Sus perspectivas de futuro se ampliaron con la elección en 1559 de Pío IV (Juan Ángel de Médicis), hermano de su madre, el cual muy pronto lo integró en el Colegio cardenalicio y le confió cargos de responsabilidad en la administración pontificia, así como también le otorgó la posesión del arzobispado de Milán.

En Roma ese joven cardenal se distinguió por la integridad de sus costumbres y por la laboriosidad con que desempeñaba sus labores al servicio del Papa; pero su modo de vida no desentonaba en medio del esplendor renacentista que allí por entonces se estilaba. En sus días de asueto disfrutaba visitando a familias ilustres y participando en cacerías y excursiones, así como interpretando piezas musicales con el violín. Gustaba del arte y de la literatura y su exquisita sensibilidad y elegancia se manifestaban en la bella disposición del palacio en el que mantenía una copiosa servidumbre. Pero este estilo de vida empezó pronto a conocer una notable transformación.

Podemos decir que su espíritu anhelaba unos ideales más elevados. Los anhelos de reforma eclesiástica que se iban difundiendo con la celebración de

la tercera etapa del concilio de Trento, sus contactos amistosos con algunos jesuitas y finalmente la muerte inesperada de su hermano mayor Federico en 1562 provocaron en el alma de Carlos Borromeo una ferviente llamada hacia unos ideales muy encumbrados de vida interior y de responsabilidad pastoral.

Esta transformación se fue manifestando con discreción y prudencia, pues su especial relación con el Pontífice no le autorizaba a tomar drásticas decisiones; pero Carlos estaba decidido a dar ejemplo de sencillez de vida y sobre todo a tomarse en serio su responsabilidad como arzobispo de Milán. Cercenó el lujo de su casa; la sobriedad y un estilo de vida piadosa y mortificada no dejaron de hacerse notar muy pronto, y sobre todo el anhelo de hacerse cargo personalmente del cuidado pastoral de su grey le llevó a que con reiteradas súplicas alcanzara del Papa autorización para trasladarse a Milán, como así lo hizo en 1565.

Llegó a esta ciudad el 23 de septiembre. Iba montado en un caballo blanco y el pueblo le contemplaba con peculiar expectación. Alguien, al verle pasar exclamó: «Éste será un nuevo san Ambrosio». Él ciertamente estaba dispuesto a poner el mayor interés en el desempeño de su labor pastoral, que fue la de un pastor de almas lleno de celo apostólico y de una caridad heroica. Su estilo pastoral resultaría un modelo que muchos obispos imitarían. El prestigioso historiador padre Roger Mols afirma que san Carlos «para los cuatro siglos posteriores a él fue no sólo un precursor, sino un pionero; trazó el camino a seguir; y fue seguido: hasta nuestros días la Iglesia ha sido heredera suya».¹

La predicación de san Carlos

A raíz de su transformación interior Carlos Borromeo fue modificando su ritmo de vida. Recibió la ordenación sacerdotal en julio de 1563. Era diácono desde diciembre de 1560. Celebró su primera misa el día de la Asunción de la Virgen y escribiendo a su hermana religiosa domi-

1. ROGER MOLS, «Saint Charles Borromée, pionier de la pastorale moderne», *Nouvelle Revue Théologique*, 79 (1956) p. 716.



Monumental estatua (más de veinte metros) de san Carlos Borromeo, que se levanta en Arona, patria del Santo, cerca del lago Maggiore.

nica sor Corona, le decía: «lo hice con tanto consuelo, que no soy capaz de expresarlo suficientemente».² Desde entonces celebraba diariamente la santa Misa y dedicaba largos ratos a la oración mental. No se dejó impresionar por comentarios adversos a su nuevo modo de vida y prosiguió avanzando hacia el ideal que se había propuesto.

Reconocía el cardenal Borromeo que, habiendo recibido una formación jurídica, le convenía dedicarse al estudio de la teología, lo cual llevó a cabo con notable esfuerzo y esforzada dedicación, llegando a adquirir un copioso caudal de conocimientos acerca de la Sagrada Escritura y de las obras y la doctrina de los Santos Padres. Estos conocimientos teológicos y espirituales que iba adquiriendo se pusieron de manifiesto en el ministerio de la predicación al que empezó a dedicarse estando aún en Roma.

Predicaba en Santa María la Mayor y en la cercana iglesia de Santa Práxedes, en la que radicaba su título cardenalicio. También dirigía frecuentes pláticas espirituales a las religiosas de Santa Marta, a las que favorecía con su protección. Sus sermones

llamaban mucho la atención tanto por su contenido como porque por entonces no era habitual que los cardenales predicaran, pues ese ministerio se consideraba más propio de religiosos que se distinguían por su elocuencia o por su celo apostólico. La primera vez que predicó con especial notoriedad fue el día de santa Práxedes, el 21 de julio de 1565, en presencia de ocho cardenales. Lo hizo después de celebrar la misa solemne, aquel día de riguroso verano, exponiendo la parábola de las diez vírgenes, y su sermón duró una hora y media.

El primer domingo después de su llegada a Milán, las espaciosas naves de la catedral se hallaban repletas de fieles. El cardenal Borromeo celebraba allí por primera vez la misa pontifical. Después de proclamado el Evangelio, el arzobispo tomó asiento ante el altar y pronunció su primera homilía, acontecimiento inesperado y que causó admiración por ser inusual en aquel tiempo. Manifestó su gozo espiritual asumiendo las palabras de Cristo: *Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc 22,15). Habló al pueblo con sencillez y cordialidad y dijo que prefería mucho más estar entre sus diocesanos, que gozar del esplendor y magnificencia que pudiera haber en Roma.

Desde entonces la predicación fue una constante labor pastoral de san Carlos. Predicaba casi todos los domingos y días festivos en la catedral o en otras iglesias de la ciudad cuando estaba presente. Y en el decurso de sus constantes visitas pastorales, incluso en los pueblos más pequeños y diseminados por montes y valles, no dejaba de predicar incluso varias veces en un mismo día. Sus sermones solían durar bastante tiempo, pero eran seguidos con interés por sus oyentes, gracias a su estilo llano y comprensible.

Su modo de predicar era diferente del que habían usado los célebres predicadores italianos anteriores, populares y efectistas, como san Bernardino de Siena (†1444), fray Marco de Montegallo (†1497), fray Lorenzo de Villamagna (†1535) y otros muchos. Carlos Borromeo se inspiraba en un estilo más cercano a la usanza de los Santos Padres, posiblemente gracias a una colección de sermones patrísticos que había publicado el obispo y destacado humanista Galeazzo Florimonte (†1567).³ Tampoco en sus sermones se descubren las galas de la oratoria propia del Barroco, que empezaban a manifestarse. Asumía san Carlos las características propias de la homilética. En todos los sermones suyos que se han conservado se ciñe a la exposición de los textos bíblicos, pero a partir de ellos brotan aplicaciones de

2. Ms. de la *Biblioteca Ambrosiana*, citado por A. DEROO, *San Carlo Borromeo. Il cardinale riformatore*, Editrice Ancora, Milano 1965, p. 168.

3. Cf. G. ALBERIGO, *I vescovi italiani al concilio di Trento*, Firenze 1959, pp. 209-211.

sólida piedad y de doctrina moral aplicada a las características de las diversas poblaciones en las que predicaba.

Incansable fue el cardenal Borromeo en el ejercicio de su predicación. Miles de sermones dirigió al clero y al pueblo durante su pontificado. Los pronunciaba en italiano y con un estilo espontáneo y acomodado a su auditorio. Se conservan escritos de su mano muchos guiones o notas previas a la predicación, que por su carácter de simple insinuación y recordatorio no resultan fáciles de interpretar. Pero en los dos últimos años de su vida se recogió taquigráficamente y con fidelidad toda su predicación, que se tradujo al latín y que se fue editando en años posteriores a su muerte. Fue el arzobispo quien personalmente promovió esta labor de recoger sus homilías. Su intención no era otra sino la de que pudieran servir en el futuro a otros pastores de la Iglesia. Al editarse sus sermones se puso de relieve que había sido como una inspiración divina el que se transcribieran los sermones de san Carlos, y precisamente los de los últimos años de su vida, en los que él se había elevado a un muy insigne grado de espiritualidad y cuando, según dijo su pariente y después también arzobispo de Milán, el cardenal Federico Borromeo, el santo había alcanzado «un conocimiento de las cosas humanas que era la fuente de su eximia madurez de juicio acerca de los asuntos y de la diversidad de situaciones de la vida».⁴

Sermones de la Pasión de Cristo

EL relieve espiritual con que la sagrada Pasión de Jesús destacaba en la espiritualidad de san Carlos Borromeo se pone de manifiesto tanto en sus sermones como en sus actitudes y costumbres piadosas. Lo podemos reconocer en su devoción a la Veracruz y al santo Clavo, que se custodiaban como reliquias insignes en la catedral de Milán, así como en su peregrinación a pie y con gran espíritu penitencial a la ciudad de Turín para venerar la Sábana Santa en 1578. También en el último año de su vida se retiró durante algún tiempo al *Sacro Monte di Varallo*, santuario en el que estaban reproducidos los santuarios de Jerusalén. Allí se le podía ver durante las horas de la noche con un pequeño farol en la mano recorriendo devotamente las capillas distribuidas por las pendientes de los cerros de aquel lugar.

En cuanto a sus sermones sobre la Pasión, se conservan dos como los más destacados y que fueron pronunciados en su iglesia catedral, aunque esa te-

mática es un asunto al que se refiere en muchas ocasiones. Uno fue predicado el viernes después del quinto domingo de cuaresma y el otro, muy extenso, el día de Viernes Santo. Voy a referirme especialmente a las alusiones al Corazón de Cristo que hallamos en estas predicaciones llenas de doctrina espiritual y de aplicaciones a la vida cristiana del clero y del pueblo fiel.

Es evidente que la espiritualidad del Sagrado Corazón, tal como se desarrolló en el siglo XVII no la conoció san Carlos, pero sí que estuvo muy enraizado en sus piadosas vivencias y en su conocimiento teológico aquello que constituye el fundamento de esta devoción, tal como fue comprendida desde muy antiguo en el seno de la Iglesia y fue cultivada especialmente entre los cistercienses y después por parte de las órdenes mendicantes, singularmente en los escritos y enseñanzas de san Buenaventura.

El sudor de sangre de Jesús en el huerto de los Olivos lleva a san Carlos a considerar de qué manera en el Corazón de Cristo se manifestó su generosa entrega, puesto que la sangre en vez de acudir allí se desparramó a través de todo su cuerpo hasta caer sobre la tierra:

«Pero, ¿de qué clase es ese sudor que padeces, oh Dios amantísimo? En efecto, derramas no pocas, sino muchas gotas de sangre, pues *su sudor se hizo como gotas de sangre que caían en tierra* (Lc 22,44). Fue ésta verdadera y natural sangre de Cristo que a causa de la intensidad del dolor se derramaba de su cuerpo sacratísimo, pero esto se realizó de un modo sobrenatural y admirable. Ya bien sabemos que aceptando tantos dolores renunciaste plenamente a todo cuanto podía servirte de alivio. Así fue que quisiste carecer de aquel consuelo que para nosotros estableciste en relación con las mayores tribulaciones, pues nos parece que de algún modo encontramos alivio cuando muy gravemente sufrimos, pues entonces toda nuestra sangre acude al corazón, que es la parte más importante de nuestro ser, a fin de proporcionarle socorro y defensa. En cambio en tu caso toda la sangre se retiró del corazón y se desparramó a través de todas las partes de tu cuerpo, dejando el corazón como exangüe, permaneciendo como sin vida y oprimido por el dolor».⁵

Aunque Jesús guardaba silencio ante las falsas acusaciones presentadas contra Él en el Sanedrín, su corazón sentía un profundo dolor por la infidelidad de su pueblo, por la que había ya derramado lágrimas al contemplar la ciudad de Jerusalén:

«De nuevo interrogó Caifás a Jesús acerca de lo que se le imputaba. Él, sin embargo, permaneció

4. Introducción a la obra *Sancti Caroli Borromei homiliae*, Augustae Vindelicorum (Augsburg) 1758.

5. *Sancti Caroli Borromei homiliae*, cit., col. 1061.

callado y nada respondió. Pero su corazón no guardaba silencio, sino que se lamentaba y se afligía por la ingratitud y ceguera de su pueblo, a la vez que con gran amargura deploraba sus delitos y los castigos que por ello habrían de padecer. Repetía lo que anteriormente en representación de Él había dicho David: *Afligido estoy y abatido en extremo: la fuerza de los gemidos de mi corazón me hace prorrumpir en alaridos. Oh Señor, bien ves todos mis deseos, y no se te ocultan mis gemidos* (Sal 37,9-10).⁶

Con mayor intensidad que san Andrés y otros muchos mártires, experimentaba Jesús dentro de su corazón un gran amor a la cruz en la que muy intensamente había de realizar la obra de la salvación:

«Me doy cuenta de que, con más ardor que Andrés y otros siervos tuyos, estás abrazando y besando la cruz y desde lo más íntimo de tu corazón dices: Salve, oh cruz durante tanto tiempo deseada, salve, gozo y corona mía, nobilísimo estandarte mío, trono y estrado mío. Salve, arca en la que he de acoger a los hombres para salvarlos de la muerte. Nada me resulta más grato, más dulce, más gozoso: ¡oh cuán magníficos frutos en ti he de proporcionar a los desgraciados mortales!».⁷

El costado o corazón de Cristo, abierto por la lanza del soldado en el Calvario, ofrece un precioso caudal de simbolismos, muy valorados desde un principio por los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos. San Carlos, en su sermón del viernes de cuaresma anterior a la Semana Santa, considerando de una parte la justicia y de otra la misericordia de Dios, exclamaba:

«Mete, oh pecador, tu mano en el costado sacrosanto y observa cuán grande es la energía y la severidad de la Justicia divina; mira qué castigo más riguroso te amenaza si no te conviertes. El Hijo de Dios cargó sobre sus hombros los pecados de los hombres; y por razón de estos pecados que no eran suyos fue sometido al acerbísimo suplicio de la cruz. ¿Qué te ocurrirá, pues, a ti siendo tan indigno, puesto

que por largo tiempo se ha esperado tu penitencia, y tú nunca te preocupabas de someterte a la penitencia? Queden bien grabadas en tu corazón las palabras que el mismo Hijo de Dios cuando era llevado a la muerte, pensando en ello, dijo a las piadosas y fieles mujeres que le seguían y que amargamente lloraban su muerte: *Si en el leño verde hacen esto ¿qué harán en el seco?* (Lc 23,31). *El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros* (Rm 8,32) a la muerte, ¿acaso nos tolerará a nosotros si nunca cesamos de pecar?

»Mete tu mano en este costado y considera asimismo cuán profundo es el abismo de las divinas misericordias. Aquí a ti mismo se te permitirá palpar y besar esas entrañas de su misericordia. Aquí conocerás su infinito amor hacia ti, pues *nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Pero Él la dio incluso por sus enemigos, pues *cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rm 5,10); ¡Oh incomprensible y verdaderamente inefable grandeza del amor de Dios hacia nosotros, que no cabe explicar sino con estas palabras: *Así amó Dios al mundo que dio a su Hijo único!* (Jn 3,16). Yo diría que así era como le correspondía obrar a Dios, que siendo infinito e ilimitado, sin límites amó a los hombres.⁸

De todas las consideraciones que con singular celo y eficacia hacía el cardenal Borromeo en sus sermones fluía el contraste entre el Corazón misericordioso de Cristo y el corazón humano tan inclinado al mal y a la ingratitud. «Mi corazón –decía– fue albergue de odio y de iracundia y de él surgieron injusticias, malos pensamientos, mil obscenidades e innumerables crímenes. El tuyo albergó siempre *pensamientos de paz y no de aflicción* (Jer 29, 11). El mío, pues, y no el tuyo, es el que debería haber sido traspasado».⁹ Deber nuestro es corresponder al amor de Cristo –enseñaba también san Carlos– con sentimientos de compasión, imitando a los ángeles que así lo hicieron al contemplar los dolores de Cristo en su sagrada Pasión.¹⁰

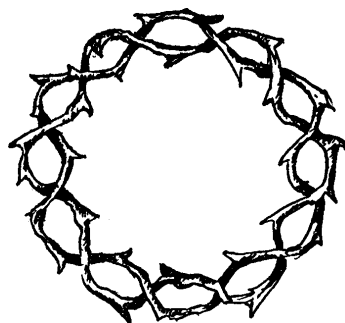
6. Ibid., col. 1075.

7. Ibid., col 1094.

8. Ibid., cols. 1036-1037.

9. Ibid., col. 1104.

10. Ibid., col 1060.



La santa muerte de san José

RAMÓN GELPI

CON motivo de la festividad de san José, vamos a contemplar en esta ocasión, la muerte del santo Patriarca. No sabemos en realidad nada de las circunstancias de cuándo y cómo murió san José, pero hemos desarrollado una piadosa creencia, posible, aunque reconocemos que poco probable. El relato lo hemos basado en una tradición no muy conocida, pero que nos ha parecido realmente propia de un patriarca. Según ésta, san José habría muerto en Jerusalén, en una celebración pascual y habría sido enterrado allí. Para ello extractaremos el relato de un opúsculo titulado *Pequeña vida de san José, y la Sagrada Familia*, que no se ha editado como obra impresa, pero que puede bajarse de la web www.christusregnat.com. En este texto se contempla, entre otras, esta piadosa hipótesis.

El relato distingue tres grados de fidelidad narrativa, que se intercalan según la procedencia de cada pasaje. Son los siguientes:

- 1.- Lo que es seguro: sólo el texto evangélico, y poco más.
- 2.- Lo que es probable: lo que a la luz de la fe, puede deducirse sin gran riesgo de error.
- 3.- Lo que es posible: lo que piadosamente pensamos que pudo ser, sin alterar ni desmentir la narración evangélica ni la Verdad Revelada.

En el primer grupo, lo seguro, hay que considerar todos los textos de san Mateo y san Lucas que narran la Anunciación, el Nacimiento, la visita de los Magos, etc. Se añaden otros detalles que pueden considerarse ciertos, aún sin estar en los evangelios, tales como los casi dos años transcurridos entre el nacimiento de Jesús y la huida a Egipto, o la ascendencia judía de san José y la Virgen, a pesar de vivir en Galilea.

En el segundo, lo probable, hay que considerar la tradicional creencia de que la Virgen María hubiese estado consagrada al servicio del Templo de Jerusalén, la idea de la decisión de san José de vivir establemente en Belén, tras el nacimiento de Jesús, o la posibilidad de que san José ejerciera su trabajo en obras de construcción de cierta relevancia, en los alrededores de su lugar de residencia (Nazaret y Belén respectivamente). También entra dentro de lo probable que san José muriera algún tiempo antes de iniciar Jesús su vida pública, y que el mismo Je-

sús retomara su oficio hasta dicho momento.

Por último, entre lo que tan sólo se puede considerar posible, debemos mencionar el relato de las circunstancias de la muerte del santo Patriarca. Este será el tema del presente artículo, extractado parcialmente de la citada obrita.

¿Cuándo murió el santo Patriarca?

No hay ninguna tradición realmente fiable de cuándo murió el santo Patriarca, pero parece evidente que cuando Jesús inició su vida pública José había fallecido ya. Hay dos motivos para suponerlo:

1. San José no aparece en las bodas de Caná. Caná está cerca de Nazaret, a medio camino entre esta población y Séforis, que era la capital de Galilea en aquel tiempo. Los contrayentes de Caná podían ser parientes de la Virgen, o del propio san José, pero el evangelista dice claramente: «*La madre de Jesús estaba entre los invitados.*» (Jn 2, 1). San José, probablemente no estaba ya en el mundo.
2. En una de las veces en que Jesús vuelve a Nazaret, durante su vida pública, es reconocido por algunos como: «*¿No es este el carpintero?*» (Mc 6, 3), y por otros como «*el hijo del carpintero*» (Mt 13). Esto permite suponer, aunque no de una forma terminante, que Jesús ejerció de carpintero. Él solo, después de algún tiempo de haber sido ayudante en el oficio, de su padre san José.

La muerte de san José pudo ser, muy posiblemente, en Nazaret, y atendido eso desde luego, por Jesús y María. No en vano es venerado como patrón de la buena muerte. Sin embargo, hemos escogido una versión que se aparta de lo habitualmente contemplado: José muere en Jerusalén, durante la Pascua, y es enterrado allí.

Cada año, por Pascua, iban a Jerusalén para celebrar el sacrificio del cordero. En una ocasión, José se sintió desfallecer en el viaje. Nada dijo a María y a Jesús, pero ofreció su esfuerzo para la misión que pronto iniciaría su hijo, el Hijo de Dios.

Al llegar a Jerusalén, su sufrimiento aumentó, pero se dispuso a celebrar la Pascua. Al final, María y Jesús, conociendo que llegaba la hora de su

retorno al Padre, le recostaron en un lecho y se pusieron en oración, confortándole amorosamente. (de Pequeña vida de san José, y la Sagrada Familia)

Este episodio, como ya hemos advertido, pertenece al ámbito de lo que tan sólo es posible. Ni siquiera podemos darlo como probable, porque no hay argumentos fidedignos para afirmarlo así. Se basa en una tradición, recogida por la obra *El santo de cada día*, que fue confeccionada en 1947 bajo la supervisión de Fray Justo Pérez de Urbel (ed. Edelvives). Según esta tradición, como hemos dicho, san José murió en Jerusalén durante una celebración de la Pascua.

Hay que reconocer que, aunque no tengamos información fidedigna, el hecho de que san José entregue su alma durante el sacrificio del cordero pascual, como hará unos años después su hijo Jesús para redimirnos, puede ser motivo de piadosa contemplación. Se añadiría a ello el hecho de que José, al ser enterrado en Judea, su tierra de origen, como corresponde a un santo patriarca, daría humanamente culminación a su misión de padre del Mesías. Pensemos que en Jerusalén se veneran algunas tumbas singulares en el valle del Cedrón, lugar en el que se supone fue también enterrado el rey David. Este profético rey es hoy venerado por los judíos en el monte Sión, en la parte baja del edificio del Cenáculo, lugar donde se cree estaba el palacio.

¿Por qué san José, descendiente del profético rey, no habría de tener igual honor siendo ambos ascendientes del Mesías? Podemos suponerlo piadosamente así aunque, en su humildad, el que fue padre de Jesús en la tierra, haya querido pasar desapercibido para la gloria del mundo.

La última Pascua de san José:

EN el opúsculo citado se ha supuesto que san José comienza a sentirse indispuerto durante el viaje a Jerusalén, pero que nada dice a su santa esposa ni a Jesús. Es creíble que si José morirá durante la Pascua en Jerusalén, algún síntoma observase en el largo y duro viaje desde Galilea. La ascensión a la Ciudad Santa desde Jericó es particularmente penosa por lo empinado del camino, que transcurre entre profundas quebradas. Al llegar, podemos suponer que celebrarían los Ácimos como buenos judíos, y tal vez al final de la cena pascual se manifestó su dolencia y fue amorosamente atendido por Jesús y la Virgen Santísima.

Jesús conocía todas las cosas como se dice repetidamente en los evangelios: «... Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ...» (Mt 19, 4). Él sabía, por

tanto, que su padre iba a entregar su alma a Dios, pero de la misma manera que nuestro Señor no suele hacer milagros innecesarios, tampoco parece razonable que tuviera que anunciar habitualmente, a su padre o a su santísima Madre, lo que iba a suceder. Por esto creemos que san José pudo guardar en su corazón los padecimientos que a él sí le anunciaban su próxima salida del mundo, ya que Jesús, que probablemente tendría algo más de veinte años, tampoco dijo nada. Transcurrida la celebración, sacrificado el cordero, José entra en agonía en los brazos de María y su divino Hijo. San José, patrono de la buena muerte, ¿cómo no iba a ser así, el que entregaría su alma en tan sublime compañía?

No sabemos si esto ocurrió tal como lo describimos, y por tanto, tampoco podemos saber dónde fue atendido el santo Patriarca en sus últimas horas, pero probablemente tanto José como María Santísima tendrían parientes en Jerusalén, y pudo ser recostado en un lecho, aunque fuera una de las sencillas esteras que utilizaban para dormir los habitantes de las casas humildes.

«... José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús. Al día siguiente le enterraron en Jerusalén y estuvieron en oración unos días más, después de celebrada la Pascua. Jesús y María acudieron al Templo varias veces, para dar gracias al Padre por todo que, por medio de José, habían recibido, y finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre...»

Ya hemos dicho que nada sabemos de las circunstancias de la muerte de san José, aunque hemos supuesto que se producía en Jerusalén con ocasión de la Pascua. Vamos pues a continuar con nuestra narración contemplativa, aunque dichas circunstancias serán lógicamente imaginadas dentro del contexto de lo que hemos denominado como posible.

Tanto la beata Emmerich, como la venerable De Agreda contemplan la muerte de san José tras un período largo de vejez y atacado por dolorosa enfermedad. Esta narración, perfectamente posible, no sería compatible, no obstante, con nuestro planteamiento, y principalmente por dos razones.

En primer lugar, san José no podía ser tan anciano. Hemos supuesto que su marcha a la casa del Padre se producía cuando Jesús tiene alrededor de veinte años, porque parece probable que ejerció de carpintero antes de comenzar la vida pública (Mc 6, 3), aunque pudo ser también más tarde. En cualquier caso, parece evidente que san José no vivía cuando la Virgen María es invitada a las Bodas de Caná. Si san José tenía treinta años al ser desposado con

María, y añadiendo un año que pudo transcurrir antes de la celebración de las nupcias más el tiempo del embarazo, san José tendría unos cincuenta y dos años cuando Jesús cumpliera veinte. Otras combinaciones posibles nos darían, en el caso más desfavorable, diez años más. San José, por tanto, no podía ser un «anciano achacoso» como lo denomina la venerable De Agreda.

En segundo lugar, una larga enfermedad sería incompatible con el viaje de la celebración pascual que nosotros hemos supuesto. José no habría podido emprender el camino. No vamos a «diagnosticar» la causa de la muerte de san José, pero en nuestra narración sólo es posible una agonía relativamente corta. Por esto hemos imaginado que san José se siente desfallecer en el camino, tal como podría ser, por ejemplo, en el caso de una dolencia cardiovascular, cuyo síntomas, hoy, se conocen bien. Somos conscientes de lo atrevido de tal afirmación, pero pensemos que se trata únicamente de una composición de lugar para la lectura contemplativa.

San José muere en Jerusalén

TRAS la celebración pascual el estado de José se agrava. Es entonces cuando podemos situar la imagen del santo Patriarca atendido amorosamente por Jesús y María hasta expirar. Ante este misterio, las palabras sobran y toda consideración resulta vana. No añadiremos, por tanto, nada al texto. «José entregó su alma a Dios, atendido corporal y espiritualmente por María, su esposa y por Jesús.»

Después podemos pensar en que san José sería enterrado en Jerusalén, incluso tal vez en el valle del Cedrón, como dice la tradición, y que asistirían al sepelio además de Jesús y María, los parientes más o menos próximos que vivían en Judea y los que habrían venido de Galilea a celebrar la Pascua (Cleofás, María de Alfeo y otros que desconocemos).

Hemos supuesto en la narración que Jesús y la Virgen María debieron prolongar algunos días su estancia en Jerusalén después del sepelio, y que debieron acudir al Templo a orar por él. Jesús, en su vida pública, aparece en muchas ocasiones en oración, unas veces solo y otras con sus discípulos (Mt 1,35; Lc 5,16; Lc 6,12; Jn 17,1-26; Mt 26,36). Jesús, Hijo del Padre y consubstancial con Él, oraba en su vida terrena como nosotros. Así lo había querido Dios, y así lo contemplamos, a sabiendas

de lo cerca del Altísimo que san José estaba ya después de su muerte. Recordemos la cita que el doctor Canals hacía de Suárez al afirmar que el santo Patriarca pertenece al *orden hipostático* al ser, junto a María, instrumento providencial de la Santísima Trinidad.

«... finalmente emprendieron el regreso, con la tristeza del cuerpo y el gozo del alma, sabiéndole ya en el Seno de Abraham, cerca de Dios Padre ...» Así pudo ser el regreso de Jesús y María a Nazaret. Sabemos que Jesús, en su vida pública, experimentó la tristeza humana. Dos veces dice el Evangelio que lloró: una con la muerte de Lázaro, al que sin embargo resucita a continuación, y otra ante la ciudad de Jerusalén de la que predice su ruina; ¿cómo no había de llorar ante la muerte de san José, su padre en la tierra? Y, sin embargo, conoce su estado de bienaventuranza, cerca del Padre, y sabe que pronto lo hará partícipe de su Redención.

El evangelio de san Mateo narra la resurrección de muchos santos en sus sepulturas, con motivo de la muerte y resurrección de Jesús: «... y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron ...» (Mt 27, 52). No se sabe a qué santos se refiere san Mateo, pero si hay alguno que se puede dar por seguro, sin duda es san José. Jesús se apareció a sus discípulos en cuerpo glorioso, después de la Resurrección, y se tiene por cierto que antes que a nadie, nuestro Señor visitó a su Santísima Madre; podemos suponer, por tanto, que José pudo participar en este encuentro. Vamos a contemplarlo brevemente.

La Sagrada Familia se reúne tras la Resurrección de Cristo. María está en el mundo, con su cuerpo mortal, mientras Jesús y su padre san José aparecen en cuerpo glorioso. Para María la espera tras la muerte de su esposo fue larga, antes ha tenido que sufrir la «espada de dolor» que le profetizó Simeón (Lc 2, 34-35). José, en cambio, aunque ha permanecido pendiente de la Redención de su Hijo (en el llamado seno de Abraham), lo cierto es que el valor absoluto de los tiempos está en manos de Dios. Para José podemos considerar que el encuentro es inmediato: «... en verdad te digo; hoy estarás conmigo en el Paraíso ...» (Lc 23, 43). Con esta frase le promete Jesús el cielo «hoy mismo» al Buen Ladrón. ¡Cómo no había de ser así con su santísimo padre José, al que Él mismo había dado sepultura!



Sentimientos del alma de Jesús al instituir la Eucaristía

BARTOMEU M. XIBERTA, OC.

El padre Bartomeu M. Xiberta es reconocido como un gran teólogo del siglo xx. Además, fue un ejemplar sacerdote religioso carmelita, cuya causa de beatificación está siendo estudiada en Roma. Ambos aspectos tienen en verdad mucha relación, puesto que, según él, la teología no era un estudio frío de fórmulas y proposiciones, sino una verdadera contemplación intelectual del Dios vivo y de los demás misterios de nuestra religión. Xiberta fue un gran teólogo porque creía que era verdadero lo que Cristo nos ha revelado y la Iglesia nos enseña. Y puesto que creía que Dios es nuestro Padre, que su Hijo hecho hombre murió por amor a nosotros en la cruz y resucitó y está vivo, que nos comunica el Espíritu Santo y se nos da como alimento en la Eucaristía para que seamos en verdad hijos de Dios y vivamos como hermanos entre nosotros, etc., por esto lo contemplaba agradecido en la oración y procuraba vivirlo en su vida y transmitirlo a los demás. Por eso también Xiberta fue un excelente predicador.

En este tiempo de Semana Santa vale la pena contemplar esta meditación de Xiberta a unas religiosas carmelitas (Revista Cuadernos, núm. 1 [1963], págs. 17-20, Salamanca) acerca de los sentimientos de amor del Corazón de Jesús al instituir la Eucaristía, poco antes de ser traicionado y entregado a la muerte por nuestros pecados. Seguro que nos ayudará a sentir vergüenza de nuestros pecados, a agradecer con humildad su amor por nosotros y a procurar corresponder con nuestra vida a este amor. Seguro que nos ayudará a vivir mejor la Santa Misa, que hace presente aquí y ahora a Cristo entregándose a la muerte para que nos amemos los unos a los otros y permanezcamos en su amor.

LA vida de Cristo fue una continuada aproximación a la Cruz. Desde el primer momento de la existencia su alma debió enfrentarse con la pasión y resurrección, que eran los medios con que debía obtenerse el fin de la Encarnación. Desde aquel primer momento, contemplándose Jesús clavado en cruz y muriendo en medio de inefables padecimientos, debió sentir una oleada de dolor que subía a su amabilísimo Corazón, respondiendo éste con un inmenso ímpetu de amor, que le hacía aceptar con infinita complacencia aquella su inmolación. En adelante, todos los acontecimientos renovarían las oleadas de dolor, a las cuales responderían nuevos ímpetus de amor. Y como su infinita bondad le había inducido a aceptar la humillante condición de nuestra naturaleza en todo lo que no significase disminución de santidad, bien podemos pensar que tanto el dolor como las respuestas del amor irían recibiendo cada vez nuevos acrecentamientos.

Los episodios de la infancia ya debieron ser para Jesús anticipaciones muy significativas. Si nosotros fácilmente descubrimos en Belén semejanzas con el Calvario, ¿cuáles no percibiría la mente escrutadora del Señor? Las inclemencias, la pobreza, las humillaciones, y no menos las señales de complacencia que le daba su Padre, realizaban de antemano lo que un día caracterizaría la obra de la redención. Los primeros pasos que daba el Hijo de Dios sobre la

tierra promovían, por su semejanza, los mismos sentimientos que acompañarían la pasión y la muerte.

Este continuo acrecentamiento del dolor y del amor los evangelios nos ponen muy a la vista cuando narran episodios de la vida pública, por ejemplo, los cuatro anuncios de la pasión. Al empezar su última subida de Jericó a Jerusalén, Cristo Jesús reveló con singular viveza la congoja de su alma. Él iba delante de los Apóstoles, éstos seguían detrás espantados, y comenzó a decirles: *Ahora subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los sacerdotes y a los escribas, le condenarán a muerte, le entregarán a los gentiles, le escarnecerán, le escupirán, lo azotarán y matarán, y al tercer día resucitará* (Mc 10, 32-34). Tiempo atrás había dicho: *He de recibir un bautismo, y cómo siento el corazón oprimido hasta que se cumpla* (Lc 12,50). Por aquellos días dos veces lloró.

Así llegó Cristo Jesús a la Última Cena. La intensidad que habían alcanzado sus sentimientos interiores fue revelada por una palabra del mismo Jesús y por una observación del Discípulo amado: *Ardientemente he deseado comer esta cena pascual, antes de padecer* (Lc 22,14). *Sabiendo Jesús que había llegado su hora de salir de este mundo al Padre, Él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, les amó hasta el extremo.* (Jn 13,1). Pronto, al instituir la Eucaristía, amor y dolor reba-

sarían inmensamente la intensidad alcanzada contemplando lo que para Jesús significaba aquella institución.

* * *

LA vida de nuestro amado Jesús por múltiples causas estaba orientada hacia la muerte de cruz. Lo demandaba el sentido mismo de la Encarnación; el Verbo se hizo carne para morir como Víctima propiciatoria, para devenir el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (Jn 1,29). Lo demandaba la voluntad del Padre: porque no complacían al Padre los holocaustos, por esto Jesús dijo: *Vengo a hacer joh Dios! tu voluntad* (Heb 10, 5-7). Las profecías del Viejo Testamento la anunciaban inequívocamente: Cristo no podía soslayar la muerte, porque, *¿cómo se cumplirían las Escrituras?* (Mt 26,54). La hostilidad de los príncipes la estaba preparando: estaba ya resuelto que *muriera uno para que no se perdiera todo el pueblo* (Jn 11,50). La traición de Judas estaba en acecho: el infeliz había dado ya su palabra de consignar a Jesús a sus enemigos. (Lc 22,3-6).

Todas estas causas de muerte estaban ya a la obra, pero Jesús no había expresado todavía su voluntad. Y su voluntad era condición indispensable. Si Cristo Jesús no se ofrecía Él mismo, ni el Padre Celestial había de entregar a su Hijo a los tormentos, ni la malicia de las creaturas prevalecería contra quien era *el Poder y la Sabiduría de Dios* (1 Cor 1,24). Él nos lo había asegurado: *Nadie me quita la vida, soy yo quien la entrego por mí mismo; tengo poder de entregarla y de volverla a tomar* (Jn 10,18).

Este acto positivo de entrega a la pasión y muerte es el que iba a realizar Jesús con la institución del SS Sacramento. Efectivamente, lo iba a constituir con el carácter de efectiva vinculación suya al sacrificio del Calvario. Bajo las especies eucarísticas Jesús se pondría precisamente como víctima en el Calvario. Iba a inaugurar el gran misterio pronunciando las palabras sacramentales: *Tomad y comed: este es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Este cáliz es la Alianza de mi sangre, que es derramada por vosotros* (Lc 22,19-20).

Una vez pronunciadas estas fatídicas palabras, Él quedaría irrevocablemente destinado a la cruz. Fíjense que un sacramento incluye una consagración pública a Dios, una consagración real y constructiva, que imprime un sello divino a todo lo que con él se relaciona, por lo cual su profanación constituye un verdadero sacrilegio. Por esto, apenas quedase instituida la Sagrada Eucaristía, nuestro amable Jesús quedaría sacramentalmente vinculado a hacer verdaderas las palabras *mi cuerpo que es entregado- mi sangre que es derramada*. El sustraerse a la

efusión de sangre y a la muerte de cruz, ya no sería únicamente una infidelidad y un incumplimiento de las Escrituras, sino una positiva anulación del sacramento. He aquí porque la institución de la Eucaristía significaba para Jesús su inmersión actual en el curso de la pasión dolorosa.

Así llegamos al objeto propio de las presentes consideraciones. ¿Cuáles sentimientos debió provocar en el Corazón amabilísimo de Jesús esta inmersión? ¿Qué oleada de dolor le invadió? ¿Con qué ímpetu de amor respondió Él? Si la sola previsión de los futuros tormentos le arrancó, tiempo atrás, aquellos acentos desgarradores que hemos recordado hablando de la preparación, ¿qué pensar ahora, cuando Jesús mismo va a dar realización mística, para Él la más verdadera posible, a la totalidad de su inmolación? En su mente sapientísima se presentaron ciertamente reunidas, como en un haz, todas las torturas, todas las humillaciones exteriores, todas las angustias de espíritu, y Él, dentro de un instante, iba a darles actualidad divinamente irrevocable. Cuando nosotros hemos de realizar algo trascendental, algo muy empeñativo, aunque no sea doloroso –tanto más si lo es–, sentimos como un peso que nos oprime y paraliza nuestras potencias. Es obvio, por tanto, reconocer en el Señor sentimientos en el momento de lanzarse a la institución del misterio que le dejaba sujeto a inefables padecimientos.

Fácilmente descubrimos esta estrecha analogía entre el momento que precede a la institución de la Eucaristía y la agonía de Getsemaní, donde Jesús llegó a pocos pasos de la muerte al contemplar a tan corta distancia la totalidad de la pasión. No es mucho que en ambas ocasiones reconozcamos idénticos efectos.

* * *

EL misterio eucarístico incoado en la Última Cena respondía a este fin: hacerse Jesús presente a cada uno de los cristianos en el estado de Víctima inmolada en la cruz y aceptada por el Padre en la resurrección; actualizar a cada cristiano individual y en todos, comunitariamente, las funciones propias del sacrificio; es decir, precederlos en su ascensión hacia Dios y serles el supremo Don del mismo Dios, constituyéndose en alimento de su vida espiritual; realizar en sus almas las múltiples operaciones con las que se perfecciona el orden sobrenatural; en otras palabras, ejercer en cada miembro del Cuerpo místico los oficios de maestro, de rey, de sacerdote, de cabeza, de mediador. Justamente es, gracias a la sagrada Eucaristía, que tan sublimes realidades no quedan relegadas al orden puramente ideal del recuerdo, del deseo, de los afectos, sino que caen



de lleno en el orden físico-real. ¡Y esto hasta el fin del mundo!

Que con el ejercicio de las funciones anejas a la presencia eucarística la conjunción del Señor con los cristianos resulte inmensamente íntima, salta a la vista. De ello nosotros nos damos cuenta, atendiendo sobre todo a la sagrada Comunión y a la presencia permanente de Jesús en el Sagrario. Sería superfluo quererlo ponderar aquí, porque cada religiosa lo hará mejor reflexionando sobre su propia experiencia.

Traslademos, más bien, nuestra consideración, a los sentimientos que experimentó nuestro Salvador. Recordemos de nuevo que su mente sapientísima contemplaba con visión perfecta cómo realizaría Él, a través de los siglos, su función eucarística, que entonces inauguraba. Ciertamente contempló su conjunción con cada uno de los cristianos que vivían en los siglos futuros. Contempló su conjunción conmigo, cual se va desarrollando ahora durante toda mi vida. Y asimismo contigo y con todos los demás. Todos estuvimos presentes en la mente de Jesús en la Última Cena. ¡Misterio inefable de la ciencia de Cristo, consecuencia obvia del misterio fundamental de las dos naturalezas: divina y humana, unidas en la unidad del único ser divino! Sabiendo esto, esforcémonos por penetrar los sentimientos que inundaban el alma de Jesús a la vista de tanta intimidad que Él realizaría con todos nosotros.

¿Con qué afectos emitiría aquel acto de querer sostener con su propia virtud a innumerables almas en las sublimes alturas a que conduce la unión eucarística? Fruto de un amor infinito había sido, en

otro tiempo, el acto de crear con la divina omnipotencia al género humano; pero más ferviente aún era el amor contenido en la voluntad de mantener a las generaciones cristianas en un estado que bien podemos llamar vestíbulo del cielo.

¿Cuáles debieron ser los sentimientos del Corazón de Jesús cuando, esgrimiendo las palabras eucarísticas, se ponía a sí mismo en estado de irrevocable conjunción con los cristianos pecadores? Porque también esto se verificó en la institución de la Sagrada Eucaristía. En aquel momento la presencia material de Judas le había conturbado (Jn 13,21).

¿Cómo le conturbaría el contacto que veía repetirse innumerables veces con tantos pecadores, a quienes Él conocía distintamente? ¿Y si yo tuviese la desgracia de ser de ese número? Ojalá mil muertes antes que tal enormidad me suceda.

Pero, ¿cuáles sentimientos debió probar el Corazón amabilísimo de Jesús, por cuanto se contemplaba a sí mismo entablando a perpetuidad la conjunción sacramental con las almas que vendrían a Él con el vestido nupcial de la gracia, con almas capaces de desear, con san Ignacio mártir, que cayesen sobre ellas todos los tormentos del demonio, con tal de gozar de Cristo? Ciertamente en el interior de Jesús ardían afectos que venían a significar: Caigan sobre mí todos los tormentos de la Pasión, venga la muerte ignominiosa de un crucificado, con tal de que se verifique esta mi unión salvífica con tales almas amadoras. ¡Qué dicha pertenecer a este número!

Conceda el Señor a todas nuestras hermanas la gracia de poder contemplar fructuosamente el divino misterio que apenas he conseguido insinuar.

La primera Pascua de Jesús

RAMÓN GELPÍ SABATER
www.christusregnat.com

«... Después bajó [Jesús] a Cafarnaúm, con su madre, sus parientes y discípulos permaneciendo allí no muchos días. Próxima ya la Pascua de los judíos, subió Jesús a Jerusalén ...» (Jn 2, 12 - 13)

Como sabemos, los tres años de la vida pública de Jesús, vienen dados por las tres celebraciones pascuales, cuyo narrador es el evangelista Juan. De hecho, en nuestra concordancia, la primera Pascua se presenta muy pronto, casi de improviso, lo que puede explicarse de dos maneras:

– El inicio de la predicación, tras los primeros discípulos y las Bodas de Caná, fue muy inmediato a la primera celebración de la Pascua. El primer año sería, por tanto, muy corto si tenemos en cuenta que el mes de nisán, en cuyo día 14 se celebraba la Pascua, era el primer mes del año. Esto sería conforme con la manera de contar de los judíos (recordemos cómo se cuentan los tres días de Jesús en el sepulcro fue «al tercer día», pero se cuentan tres como si fueran completos).

– Realmente hay una parte de este primer año que no aparece en la narración. Sería seguramente un año incompleto, pero no tanto como parece. La parte no narrada sería, sin duda, desde su llegada a Galilea procedente de la zona cercana a Jericó, donde Juan bautizaba. Este hecho se producirá de nuevo con la segunda pascua, que siendo un año natural, parecerá realmente más corto.

Cualquiera de las dos versiones es aceptable. La primera sería más literal: «... al día siguiente decidió Jesús salir hacia Galilea ...» (Jn 1, 43); «... Tres días después, se celebró una boda en Caná ...» (Jn 2, 1); «... Después bajó a Cafarnaúm ... permaneciendo allí no muchos días ...» (Jn 2, 12). En tanto que en la segunda hay que suponer que tras su llegada a Galilea, y hasta conocer a Felipe y a Bartolomé, estuvo más tiempo predicando.

Expulsión de los vendedores

Sea como fuere, Jesús llega a Jerusalén en esta Pascua y se encuentra el Templo plagado de vende-

dores y cambistas, se supone que por los atrios y la explanada:

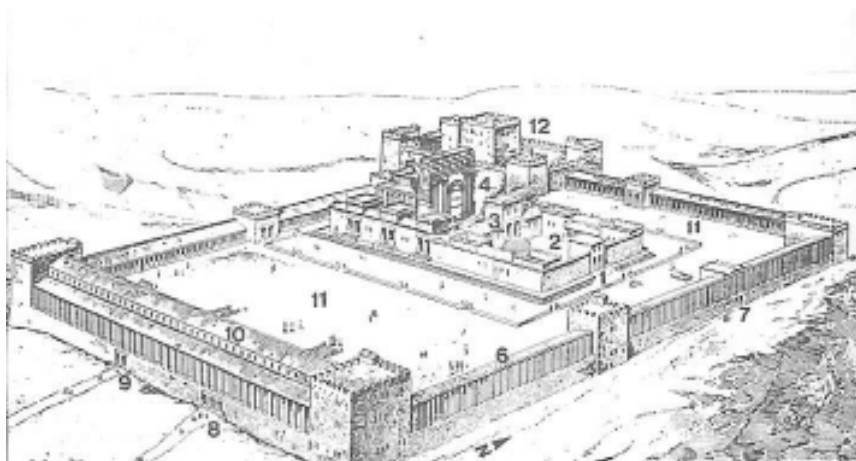
«... Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y también a los cambistas sentados tras de sus mesas. Y haciendo un látigo con unas cuerdas, los arrojó a todos del Templo, también a las ovejas; desparramó el dinero de los cambistas y derribó las mesas. Y dijo a los que vendían palomas: Llevad esto fuera de aquí; no convirtáis la casa de mi Padre en un mercado. Recordaron sus discípulos la frase de la Escritura: «Me consumiré el celo de tu Templo» [Ps 68, 9]. Los judíos, encarándose con Él, le preguntaron: ¿Qué señal nos muestras que justifica lo que haces? Jesús les respondió: Destruid este templo y yo lo reedificaré en tres días. Le dijeron los judíos: Cuarenta y seis años se tardó en la construcción de este templo, ¿y tú lo vas a edificar en tres días? Mas Él aludía al templo de su cuerpo. Cuando resucitó de entre los muertos, se percataron los judíos de lo que había dicho, y creyeron en la Escritura y en la palabra de Jesús. Durante su estancia en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en Él, viendo los milagros que hacía. Jesús, en cambio, no se fiaba de ellos, porque los conocía bien. Y no necesitaba que nadie le diera testimonio de nadie, porque Él mismo conocía bien el interior de cada uno ...» (Jn 2, 14 - 25)

Veamos el texto: al llegar la Pascua Jesús «sube» a Jerusalén. Jesús acude a Jerusalén por Pascua y, a lo largo de los tres años, también en otras ocasiones (fiesta de los Tabernáculos, de la Dedicación, etc.). Es curioso observar la expresión «sube»: Efectivamente desde Cafarnaúm, situada bajo el nivel del mar, hasta Jerusalén, hay un desnivel de más de mil metros. Este tipo de comentarios aparecerá frecuentemente en los evangelios.

Respecto a la presencia de vendedores y cambistas en los atrios del Templo, hay que considerar que desde la cautividad de Babilonia, los judíos dispersos no podían llevar animales para el sacrificio. Su alejamiento de Jerusalén se lo impedía. Para facilitar la adquisición de las víctimas y el cambio de la moneda pagana, se establecieron en los alrededores

Templo de Herodes (años 20 a. de C. - 70 d. de C.)

1. Puerta Hermosa
2. Patio de las Mujeres
3. Atrio de Israel
4. Atrio de los Sacerdotes
5. Santo de los Santos
6. Pórtico de Salomón
7. Puerta de las Ovejas
8. Puerta Triple
9. Puerta Doble
10. Pórtico
11. Atrio de los Gentiles
12. Torre Antonia



del Templo, comerciantes, cambistas, etc. Estos comerciantes, poco a poco fueron penetrando hasta los atrios, y las galerías circundantes, de modo que al final llegaron a constituir un elemento más de la celebración pascual.

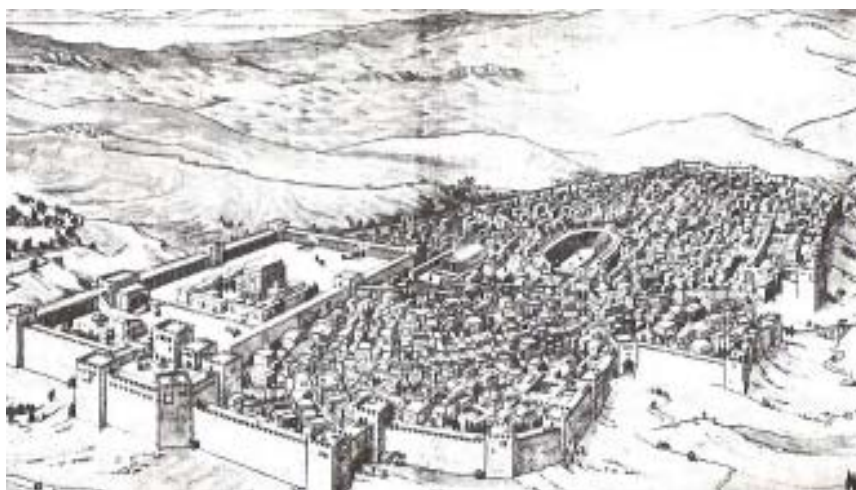
Llama la atención que san Lucas sitúa la expulsión de los vendedores después de «dóminus flevit», a propósito de la entrada triunfal del Domingo de Ramos. Jesús entra directamente en el Templo al llegar a Jerusalén. Algunos comentaristas creen que, en realidad, se trata de la misma expulsión que san Juan narra en la primera Pascua de la vida pública de Jesús. Según esto, san Lucas no lo ha narrado antes porque este evangelista no describe más que una visita a Jerusalén. Es cierto que sólo san Juan separa en la narración los tres años de predicación, porque sólo él nos dice cuándo Jesús iba a Jerusalén cada año por Pascua, pero esto no es argumento suficiente para admitir pura y simplemente que san Lucas (y también san Marcos, que lo menciona) faltan a la cronología en su relato.

Nosotros preferimos creer que son dos distintas. Ya se ha visto en estos comentarios, que hemos mantenido siempre la literalidad de la narración, y cuando las duplicidades no cuadran se han mantenido

separadas. No importa al relato si es una o son dos expulsiones, pero hay que admitir estrictamente que, en lo sustancial, los evangelios son rigurosamente históricos.

Nosotros leemos los evangelios concordados para vivir y contemplar la vida de Cristo, no debemos por tanto hacer lecturas críticas. Jesús pudo muy bien repetir la expulsión de los mercaderes, dos años después de haberlo hecho también por Pascua. No hay ninguna razón para pensar que desde aquella primera vez, y estando Jesús en Galilea, los mercaderes hubieran renunciado a su actividad, con el abuso que ya se ha explicado; seguramente la costumbre debía estar muy arraigada, y Jesús estuvo mucho tiempo alejado de Jerusalén. Incluso cabría pensar que hubo, al menos, una tercera expulsión no mencionada, en la segunda Pascua de la vida pública de Jesús.

Esta celebración pascual es especialmente conocida, además del episodio de los mercaderes del Templo, porque en ella conoció a Nicodemo, el fariseo que fue a visitarle, de noche, y que después será mencionado en dos ocasiones más. En el próximo comentario hablaremos de este encuentro y también de la actividad que desarrolló por el territorio de Judea, antes de volver de nuevo a Galilea.



Jerusalén en tiempos de Jesús



Pequeñas lecciones de historia

El Cura de Ars (V): Los pecadores fueron su debilidad

GERARDO MANRESA

DURANTE treinta años, Ars fue el destino de miles de peregrinos que acudían a confesarse con el reverendo Vianney. No sólo en las épocas de buen tiempo llegaban los viajeros a la parroquia, sino que también se acercaban en los meses invernales, pues entre noviembre y marzo el santo Cura pasaba, al menos, once horas en el confesionario.

Explica el hermano del alcalde de Ars que «entre los años 1830 y 1845 llegaban diariamente a Ars entre trescientos y cuatrocientos viajeros. En la estación de Parroche, la más importante de Lyon se abrió una taquilla especial con carácter permanente para despachar billetes con destino a Ars, válidos para ocho días; era ya de dominio público que se necesitaba este lapso de tiempo para poderse acercar, guardando turno, al párroco Vianney y obtener de él la absolución».

Francisco Pertinand, hostelero y cochero de Ars organizó en 1836, un servicio diario entre Lyon y Ars y aún en 1855, explica el subprefecto de Trevoux que «dos coches ómnibus hacían cada día el viaje de Lyon a Ars y otros dos combinaron diariamente para enlazar con el ferrocarril de París a Lyon en la estación de Villefranche». «Durante el último año de vida del santo Cura el número de peregrinos, dice Francisco Pertinand, llegó a ochenta mil, contando solamente los que utilizaron los coches de servicio».

Existía un grave problema para acoger a toda esta gente, pues Ars continuaba siendo pequeño y apenas había cuatro o cinco hostales, pero la gente acogía en sus casas a los peregrinos que podía y así descansaban convenientemente, después de reservarse turno en la cola de la confesión. Muchos debían dormir al raso en los prados por falta de lugar en el pueblo. Por larga que fuera la espera para encontrar sitio en la iglesia, los forasteros no se desalentaban, querían a toda costa oír al Santo, no sólo en el confesionario, sino también en sus oficios religiosos y en su catequesis.

La espera en el confesionario era la más larga. El santo Cura no empleaba en la confesión sino el tiempo estrictamente necesario y llegaba a confesar durante dieciséis y hasta dieciocho horas diarias. Las esperas podían llegar a ser de hasta cincuenta o setenta horas, antes de llegar al confesionario. Algunos se hacían reservar turno por los pobres a cambio de un donativo, pero no todos tenían medios para hacerlo y permanecían en la iglesia. Cuando llegaba la noche era menester salir, pues se cerraba la iglesia y entonces se contaban para no perder turno y los que no tenían habitación permanecían junto al campanario midiendo las horas que pasaban entre el acostarse y el levantarse del Cura de Ars.

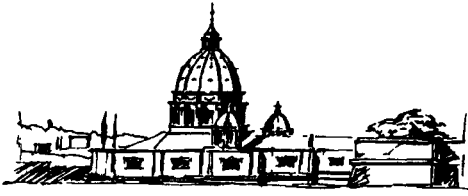
En 1855, Luisa Dortan quiso consultar su vocación con el Santo y esperó tres días consecutivos. Al final, desesperanzada resolvió marcharse sin esperar. El santo Cura vio que salía y le dijo: «Tienes muy poca paciencia, hija mía, sólo hace tres días que estás aquí, tienes que esperar quince días. Ve a rezar a santa Filomena para que ella te diga tu vocación y después vendrás a encontrarme».

Por la mañana, a eso de las nueve, se reservaba algún tiempo para los sacerdotes en un confesionario colocado detrás del altar mayor. Incluso el obispo de su diócesis, Belley, hizo cola para confesarse con él.

El santo Cura sabía por experiencia que la gracia tiene sus momentos y que puede pasar para no volver. Así, pues, cuando llegaba la ocasión cogía las almas al vuelo. Y así cogió a un grupo de lioneses que llegaban a Ars, la mayoría buenos cristianos, menos uno que iba por curiosidad. A su llegada a Ars, todos fueron a la iglesia menos él, que se fue a buscar las habitaciones, pero, al final, sin saber porqué decidió entrar en la iglesia. En aquel momento el cura salía de la sacristía, se vuelve hacia la pila de agua bendita y llama al incrédulo. Los compañeros, riendo, le dicen: «Es a ti a quien llama el cura». El santo Cura le coge de la mano y le dice: «¿Hace mucho tiempo que usted no se ha confesado?». «Hace cosa de treinta años», le contesta. «¿Treinta, amigo mío?, más bien, treinta y tres. Vamos confesémonos enseguida.» Después relataba esta persona: «Noté enseguida en mí un bienestar indecible. La confesión duró veinte minutos y me dejó trocado».

«Varios convertidos por el Cura de Ars me han manifestado —dice el padre Faivre—, que el ver llorar al hombre de Dios sobre sus pecados era lo que más les había impresionado». No es, pues, de maravillar que algunos penitentes se retirasen del confesionario con los ojos llenos de lágrimas y aun lanzando gemidos.

El padre Toccanier, misionero, ayudante del santo Cura, explica que el párroco Vianney tenía un atractivo particular para convertir a los pecadores; podría decirse que les amaba con todo el odio que sentía por el pecado. Lo detestaba, pero tenía para con los culpables una compasión inmensa y sus gemidos por la pérdida de las almas partían el corazón. Los pobres pecadores le daban pena, especialmente cuando se obstinaban en no rendirse a la gracia y redoblaba sus oraciones y penitencias por ellos: «No me hallo bien, decía, sino cuando ruego por los pecadores». Fue su celo por la salvación de las almas lo que le indujo a abrazarse a un ministerio, por espacio de una larga vida, sin interrupción, sin miramiento, sin alivio de ninguna clase.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Jóvenes españoles proponen que el Papa consagre la juventud al Corazón de Jesús

Los «Jóvenes por el Reino de Cristo» han dirigido una carta al cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid y anfitrión de la próxima Jornada Mundial de la Juventud 2011, solicitándole que presente al papa Benedicto XVI la propuesta de consagrar la juventud mundial al Sagrado Corazón de Jesús en el marco del próximo encuentro católico juvenil mundial.

El fin de semana del 13 al 16 de febrero, «Jóvenes por el Reino de Cristo», sección juvenil nacional del Apostolado de la Oración, organizó su XIX Peregrinación Nacional al santuario mariano de Fátima en la que participaron más de seiscientos jóvenes de toda la península pertenecientes a movimientos y parroquias que beben del espíritu del Apostolado de la Oración. A los jóvenes se unieron cincuenta familias con más de doscientos niños pequeños además de los «Adultos por el Reino de Cristo». Los peregrinos prepararon una carta, leída el día final del encuentro, dirigida al cardenal Rouco, en la que piden al arzobispo anfitrión de la JMJ Madrid 2011 «solicite al Santo Padre la consagración de la juventud del mundo en este evento al Corazón de Cristo por medio del Corazón Inmaculado de María». La iniciativa, según explican los organizadores, parte del «movimiento de oración que se produjo el año pasado en el Cerro de los Ángeles en aquella vigilia inolvidable a la que acudieron más de tres mil jóvenes de toda España».

Frutos de la constitución «*Anglicanorum coetibus*»

La comunidad de anglicanos Forward in Faith que tiene su principal sede en Australia podría ser el primer caso de adhesión colectiva a la plena comunión con la Iglesia católica tras la publicación de la constitución *Anglicanorum coetibus* el pasado 4 de noviembre. Así lo dio a conocer el obispo anglicano David Robarts OAM en declaraciones al diario australiano *The Daily Telegraph*. Según afirmó Robarts, él y sus fieles «han visto como se les han cerrado las puertas en la Iglesia anglicana de Australia durante un largo período de tiempo» por mantenerse fieles a su tradición an-

glicana. Por ello, en una reunión realizada el pasado mes de febrero cerca de doscientos miembros votaron de manera unánime por regresar a la plena y visible comunión con la Iglesia católica. Según el obispo Robarts los miembros de esta comunidad, con la supervisión de monseñor Peter Elliot, obispo auxiliar de Melbourne y con la dirección de la Santa Sede, han comenzado ya con los grupos de trabajo para establecer el primer ordinariato anglicano que podría servir de prototipo para los ordinariatos anglicanos que se formen posteriormente en otras partes del mundo.

A los anglicanos australianos se han sumado también los líderes de la Iglesia anglicana en Estados Unidos, que también han respondido a la invitación de Benedicto XVI a entrar en la plena comunión con la Iglesia católica. La Casa de los Obispos de la Iglesia anglicana en Estados Unidos anunció que mantuvieron un encuentro en Orlando con su primado, el reverendo Christopher Phillips de la parroquia «de uso anglicano» de Nuestra Señora de la Expiación (San Antonio, Texas), en la que se tomó la decisión formal de solicitar a la Congregación para la Doctrina de la Fe la aplicación de las disposiciones de la citada constitución apostólica en los Estados Unidos de América».

Finalmente, también la Iglesia anglo-católica de Canadá, una de las provincias de la Comunión Tradicional Anglicana, ha pedido a la Santa Sede crear un ordinariato católico. La petición, realizada el pasado 12 de marzo por el colegio de sus obispos al cardenal William Levada, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, propone el establecimiento de un Consejo de gobierno interino de tres sacerdotes (u obispos) con la tarea y la autoridad de proponer al Papa una terna para el nombramiento del ordinario inicial. Los anglicanos canadienses de la TAC continúan así los pasos de sus hermanos de Inglaterra, América Central, Estados Unidos y de los miembros de Forward in Faith de Australia.

La Iglesia perseguida

UNA vez más debemos hacernos eco en las páginas de nuestra revista de la persecución que sufren miles de cristianos alrededor del mundo por su fe en Cristo.

Por un lado, se repiten los ataques en Egipto

contra la población cristiana. En esta ocasión se trata del ataque sufrido por cuatro sacerdotes, un diácono y cuatrocientos parroquianos coptos de la provincia noroccidental de Mersa Matrouh (Egipto) mientras construían un albergue. Los asaltantes, unos tres mil beduínos y salafíes, comenzaron a lanzar piedras contra las obras de construcción tras ser incitados por un imán local que les recordó el deber de combatir a los enemigos del islam al grito de «no toleramos la presencia cristiana en nuestras zonas».

En Nigeria, los ataques de pastores nómadas de etnia «fulani», de religión musulmana, causaron la muerte a más de trescientas personas de la etnia «berom», mayoritariamente cristiana, en el estado de Plateau. La población local está atemorizada por la posibilidad de nuevos ataques ante la pasividad del gobierno y tienen miedo de dormir en sus casas y más de quinientas familias se han escondido en las montañas. Caritas les proporciona alimentos, ropa, mantas y otros suministros de emergencia pero su situación parece crítica.

También en Pakistán un grupo de extremistas musulmanes atacaron el pasado 10 de marzo la sede de la ONG cristiana World Vision en la ciudad de Islamabad, matando a seis de sus miembros e hiriendo a cuatro más. Estas víctimas se suman a las agresiones sufridas por los cristianos en Karachi (Pakistán) en el pasado mes de febrero en que ciento cincuenta musulmanes atacaron un barrio cristiano de esta ciudad sureña, destrozando iglesias, tiendas e incluso hogares de cristianos.

Condenan a un semanario católico por defender al «no nacido»

ALICJA Tysiac, ciudadana polaca afectada por retinopatía progresiva, al darse cuenta de su embarazo, se dirigió a un ginecólogo pidiendo la autorización del aborto a causa de sus problemas con la vista. El ginecólogo excluyó desde el principio cualquier vínculo causal entre el embarazo y un eventual empeoramiento de la miopía, descartando así la posibilidad de abortar, que en Polonia se concede sólo en el caso de que dos especialistas certifiquen un caso de violación, malformación congénita o riesgo para la vida de la madre. Ante la negativa del ginecólogo de cursar el permiso, la mujer se dirigió a continuación a cuatro especialistas (tres oculistas y un segundo ginecólogo) que no vieron en su embarazo un peligro para su vista. Finalmente, Alicja consiguió el certificado de un médico general pero no pudo realizar el aborto y tuvo al niño con parto por cesárea en noviembre de 2000. Seguidamente tuvo un empeoramiento de la vista y

decidió dirigirse a la Corte Europea de los Derechos Humanos.

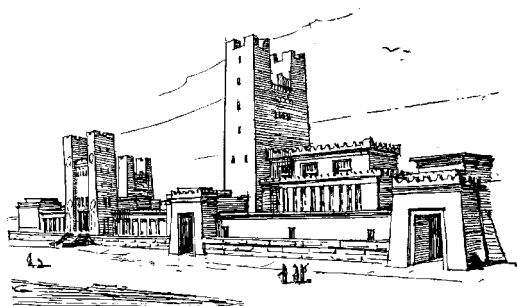
Según informa Zenit.org, el 20 de marzo de 2007 la Corte Europea de los Derechos Humanos emitió una sentencia de condena hacia el Estado polaco, multándolo con 25.000 euros por el hecho de que sus leyes nacionales ponen límites a la posibilidad de abortar. Ante esta situación, el semanario católico *Gosc Niedzielny* publicó diversos artículos sobre la cuestión, destacando que «el aborto comporta el asesinato de niños inocentes, y la madre que aborta realiza un homicidio». Dichos artículos ofendieron a la señora Tysiac, la cual se dirigió al tribunal local que el 23 de septiembre de 2009 ordenó al semanario que pidiera públicamente perdón por su «lenguaje de odio» y por la «comparación hecha con los criminales nazis». El semanario recurrió la apelación rechazando todas las acusaciones y sosteniendo que no había sido su intención ofender a la señora Tysiac, sino más bien la de luchar por la tutela de los niños no nacidos.

El Santo Padre visitará Inglaterra en septiembre

AUNQUE la noticia aún no ha sido confirmada por la Santa Sede, la oficina de prensa del palacio de Buckingham ha publicado que Su Santidad el papa Benedicto XVI, por invitación de Su Majestad la reina, realizará una visita pontifical al Reino Unido del 16 al 19 de septiembre de 2010.

Según dicha fuente, el Papa visitará Escocia, donde será recibido por la reina y su esposo, el duque de Edimburgo, en el palacio de Holyroodhouse, para después viajar hasta Glasgow, donde oficiará una misa pública. En Londres Benedicto XVI está previsto que tome parte en diferentes actos centrados en la educación, la relación entre las Iglesias cristianas y las relaciones entre las principales confesiones, que visite al arzobispo de Canterbury en el palacio de Lambeth y que participe en una vigilia de oración en la abadía de Westminster. Finalmente el Santo Padre se dirigirá a las West Midlands para beatificar al cardenal John Henry Newman durante una misa pública en Coventry.

El ministro para Escocia, encargado por el Gobierno británico de preparar la visita, ha presentado la visita del Papa al Reino Unido como «una visita histórica y un momento importante. (...) Esta visita representa una oportunidad sin precedentes para reforzar los vínculos entre el Reino Unido y la Santa Sede sobre las acciones en el ámbito local y global para afrontar la pobreza y los desafíos climáticos, así como la importancia de la función de la fe para crear comunidades fuertes y unidas».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Los Estados Unidos reconocen oficialmente el genocidio armenio

EL genocidio de los armenios a manos de los turcos a principios del siglo xx (casi millón y medio de asesinados entre 1915 y 1917) es uno de esos hechos silenciados que, no obstante, van saliendo a la luz. Quizás sea porque los armenios eran cristianos, quizás porque los turcos eran musulmanes, lo cierto es que sólo algunos pocos han osado romper la conspiración de silencio que se cierne sobre el genocidio armenio, entre ellos el célebre Franz Werfel con su *Los 40 días del Musa Dagh*. Turquía mantiene desde su creación la postura de negar cualquier genocidio, a pesar de todas las evidencias históricas, algunas provenientes de los mismos historiadores turcos. En consecuencia, mostró en su día su disconformidad con el parlamento francés cuando éste reconoció el genocidio armenio, algo que se acaba de repetir con los Estados Unidos y que ha provocado que el primer ministro turco, Tayyip Erdogan, haya retirado su embajador en Washington temporalmente.

La declaración norteamericana, aprobada por el Comité de Asuntos Exteriores del Congreso, fue acogida con indignación por Turquía, que a través de Erdogan afirmó que «dañará las relaciones bilaterales entre ambos países, sus intereses y sus visiones para el futuro». Este temor es precisamente lo que había frenado hasta ahora el reconocimiento norteamericano: George W. Bush se opuso alegando que los Estados Unidos no deberían criticar a un país aliado, miembro de la OTAN. Curiosamente, en aquel entonces el senador Barack Obama defendió la declaración, pero el ahora presidente Obama no es de la misma opinión y ha hecho todo lo posible para que ésta descarrilase, algo que no ha logrado, en una nueva muestra de su creciente debilidad. No obstante, la sangre no llegará al río y el embajador turco regresará, si bien se ha dado un nuevo paso en el alejamiento de Turquía del bloque occidental y, en consecuencia, en su acercamiento a Irán, algo que ya advertíamos desde estas páginas. Y aún hay quien opina que deberíamos integrar a Turquía en la Unión Europea.

«The Economist» rompe el tabú de las niñas abortadas

NO es la primera vez que se denuncia el asesinato de miles de niñas a través del aborto selectivo en China y otros países, principalmente asiáticos. Sin embargo, en esta ocasión el eco ha sido mayor, no sólo por los datos aportados, incontrovertibles, sino por el medio que informaba de este asesinato masivo de niñas, el semanario británico *The Economist*, una publicación seria pero nada sospechosa de sostener principios basados en una concepción moral de la vida. Y no sólo se ha atrevido a hablar, sino que lo ha hecho llevando el tema a portada y con un titular impactante: cien millones de niñas han sido asesinadas en las tres últimas décadas.

El artículo empieza con un escalofriante caso real de cómo en ciertos lugares de China las niñas recién nacidas son abandonadas nada más nacer para que mueran, para luego entrar en materia definiendo lo que es equilibrio natural de nacimiento de sexos: en todas las sociedades que registran el número de nacimientos nacen normalmente entre 103 y 106 niños por cada 100 niñas. Esta ratio ha sido tan estable en el tiempo que parece ser el orden natural de las cosas.

Este orden ha cambiado radicalmente en los últimos 25 años. En China, la proporción de sexos en la generación nacida entre 1985 y 1989 fue de 108, ya fuera del límite de distribución natural. Para la generación nacida en el período 2000/04, fue de 124 (es decir, en esos años nacieron 124 niños por cada 100 niñas). La ratio hoy es de 123 varones por cada 100 niñas. Estas ratios son biológicamente imposibles sin intervención humana. La consecuencia directa: «China tendrá en 2020 entre 30 y 40 millones más de hombres en estas edades que de mujeres jóvenes. En comparación, hay 23 millones de niños por debajo de la edad de 20 años en Alemania, Francia y Gran Bretaña juntas y alrededor de 40 millones de jóvenes norteamericanos. Así que dentro de diez años China se enfrenta a la perspectiva de tener el equivalente de toda la población masculina joven de Estados Unidos o casi el doble que la de los tres mayores países de Europa, con pocas perspectivas de matrimonio y de formar un hogar propio».

A quienes atribuyen este fenómeno a una socie-

dad retrógrada, el artículo de *The Economist* responde que las cosas no son tan sencillas: «Hasta la década de 1980 las personas en los países pobres no podían alterar el curso de la naturaleza antes del nacimiento. Pero en esa década las ecografías y otros métodos para detectar el sexo de un niño antes del nacimiento comenzaron a hacer su aparición. Esas tecnologías lo cambiaron todo. Los médicos en la India comenzaron a ofrecer exploraciones de ultrasonido con el lema «pague 5.000 rupias (110 US\$) hoy y ahorre 50.000 rupias mañana» (refiriéndose al ahorro en el coste de la dote de una hija). Los millones de padres que querían un hijo pero no se decidían a matar a sus hijas al nacer eligieron el aborto.

El uso del aborto selectivo se prohibió en la India en 1994 y en China en 1995. Es ilegal en la mayoría de países (aunque Suecia legalizó la práctica en 2009). Pero ya que es casi imposible demostrar que el aborto se ha llevado a cabo por razones de selección del sexo, la práctica sigue siendo generalizada. Una ecografía cuesta alrededor de 12 US\$, lo que está dentro del alcance de muchas, casi todas, las familias de China y la India».

«La difusión de la tecnología de imágenes fetales no sólo ha sesgado la proporción entre los sexos, sino también explica lo que sería una especie de rompecabezas: las diferencias en la proporción entre sexos tienden a aumentar con los ingresos y la educación, algo que contradice la teoría de las sociedades retrógradas. En la India, algunos de los estados más prósperos (Maharashtra, Punjab, Gujarat) tienen los ratios más desequilibrados. En China, cuanto mayor es la tasa de alfabetización de una provincia, más desigual es su ratio entre sexos. La proporción también aumenta con la renta per cápita.

Algo similar sucede en China donde la flexibilización de la política del hijo único ha provocado incluso el aumento del número de niñas abortadas: «Tomemos como ejemplo Guangdong, la provincia más poblada de China. Su proporción entre sexos es de 120, una ratio muy alto. Pero si tomamos sólo los primeros nacimientos, la proporción es de «sólo» 108. Esta ratio está fuera de los límites de la normalidad, pero no por mucho. Si se toma sólo a los niños nacidos en segundo lugar, que se permiten en ciertas provincias, la proporción salta a 146 niños por cada 100 niñas. Y para los relativamente pocos nacimientos en los que a los padres se les permite un tercer hijo, la proporción de sexos es de 167. Incluso esta sorprendente proporción no es el límite. En la provincia de Anhui, entre los niños nacidos en tercer lugar, hay 227 niños por cada 100 niñas, mientras que en el municipio de Beijing (que también permite excepciones en las zonas rurales), la proporción de sexos alcanza un increíble 275. Hay casi tres bebés varones por cada niña». Y es que, si

se pueden permitir que el primer hijo sea niña, para el segundo y casi siempre último no se puede dejar margen al error y hay que asegurar por cualquier medio que será varón. Estamos pues ante un modo de vivir la paternidad y maternidad aberrante y profundamente inhumano, que ya está teniendo consecuencias devastadoras (el suicidio, por ejemplo, es la forma más común de muerte entre las mujeres con edades entre 15 y 34 años en zonas rurales de China, incapaces de vivir sabiendo que han abortado o asesinado a sus hijas) y cuyos efectos en toda su magnitud aún están por ver.

Renacer ortodoxo entre los judíos estadounidenses

CUANDO hablamos del pueblo judío en la actualidad no hay que olvidar nunca que éste pivota sobre dos polos: Israel y Estados Unidos. De los algo más de trece millones de judíos del mundo, seis viven en los Estados Unidos y cinco en Israel, seguidos ya a mucha distancia por el casi medio millón de judíos que viven en los estados surgidos de la implosión de la antigua Unión Soviética.

El judaísmo en los Estados Unidos se ha caracterizado durante mucho tiempo por la presencia de pequeños grupos ultraortodoxos y una amplia asimilación que en ocasiones mantiene un judaísmo cultural pero con una práctica religiosa escasa. No obstante, este panorama está cambiando por el redescubrimiento de la ortodoxia por parte de muchos judíos que, a pesar de criarse en hogares más o menos asimilados, la han redescubierto siendo adultos, incluyendo también a conversos provenientes de matrimonios mixtos y diversos grados de *baalei tshuvah* (judíos que han regresado a la observancia). Este fenómeno está fortaleciendo demográficamente a los judíos ortodoxos practicantes, ya crecientes gracias a su tasa de fertilidad (entre 3 y 4 hijos en las familias ortodoxas, 6 y 7 en las *haredim* ultraortodoxas). Esta nueva vitalidad ortodoxa se extiende a la aparición de nuevas publicaciones dedicadas a cuestiones judías, como la *Jewish Review of Books*, en la que podemos leer la estimación, por parte del rabino Lance Sussman, de que el judaísmo reformado habría perdido un tercio de sus miembros a lo largo de esta década. Un dato que contrasta con el crecimiento de quienes se reconocen ortodoxos, que si bien eran poco más de una décima parte de la población judía norteamericana, alcanzaban un 35 % entre quienes se encuentran en la franja de edad entre 18 y 34 años. Un dato que se completa con la creciente división y enfrentamiento entre los judíos vueltos a la ortodoxia y las generaciones mayores, mayoritariamente reformistas o sencillamente asimiladas.



Hemos leído

ALDOBRANDO VALS

Anticoncepción y crisis de vocaciones

La cultura anticonceptiva, ampliamente extendida en el mundo occidental, acaba contaminando ámbitos que, a priori, parecen muy alejados de su esfera de influencia. Es lo que sucede no sólo con la vida matrimonial, algo obvio, sino con las vocaciones religiosas, que uno pensaría están a salvo de esa nociva influencia. Es lo que argumenta en Inside Catholic el reverendo Dwight Longenecker, capellán de la St. Joseph's Catholic School en Greenville, Carolina del Sur:

Hace unas semanas, un joven que llamaré David vino a verme. David ha estado trabajando conmigo para discernir una vocación al sacerdocio, por lo que fue interesante oírle anunciar que se había echado una novia. Hablamos sobre las posibilidades y perspectivas para el futuro, y me di cuenta de que su expectativa de la vida matrimonial y familiar era muy diferente de la mía. Como recién converso, y al haber tenido poca experiencia de las familias católicas numerosas, David tenía una expectativa totalmente diferente de lo que es la vida familiar.

A menudo se ha observado que los católicos que han usado anticonceptivos artificiales han ayudado a causar la crisis de vocaciones, ya que sencillamente no nacen suficientes chicos y chicas católicos para proporcionar la próxima generación de sacerdotes, religiosos y monjas, pero mi conversación con David me hizo darme cuenta de que la cultura de la anticoncepción ha afectado a la cuestión de las vocaciones en formas más sutiles y poderosas.

Antes de la revolución sexual, un hombre o una mujer joven de una familia católica era probable que

hubiera crecido en una familia numerosa y extensa. Él o ella habría sido parte de una red de hermanos y hermanas, padres, primos, tías, tíos y abuelos, que vivían a una distancia que les permitía ir de visita asiduamente. Dentro de ese contexto de una gran familia, el niño o niña católica habría visto de primera mano las alegrías y tristezas de la vida familiar.

Si se hubiera sentido llamado al sacerdocio o a la vida religiosa, un chico muy probablemente hubiera entrado en el seminario de la diócesis local o en una orden religiosa con casa en su diócesis. Una niña muy probablemente hubiera entrado en una casa religiosa en su localidad. Ambos hubieran vivido el celibato, por lo tanto, en el contexto más amplio de esa familia extensa que da apoyo y de la cultura católica. En otras palabras, estarían viviendo dentro de una comunidad, no sólo en su orden religiosa o en el presbiterado diocesano, sino dentro de su propia familia natural.

La anticoncepción artificial lo cambió todo. «La libertad reproductiva» permitió a las mujeres entrar en el mercado de trabajo. Las familias disfrutaron de un doble ingreso. El aumento de riqueza y la disminución de niños significaba que las familias más pequeñas eran más manejables y menos dependiente de la familia extensa. Como resultado, la naturaleza de la familia cambió.

La gran familia extensa, con todas sus alegrías y sus oportunidades, fue sustituida por la familia «nuclear», en la que un hombre y una mujer viven aislados en una casa en los suburbios, con 2,5 hijos, un perro, un gato y doble ingreso. La mayor movilidad significó que esta familia nuclear podría existir en el mismo tipo de suburbio anónimo en cualquier lugar de América.

De repente, ser sacerdote, her-

mano o monja pasó a significar no sólo vivir aislado, sino vivir aislado sin el consuelo de un cónyuge y una pequeña familia. Por otra parte, el celibato era separado de todos los sistemas de apoyo que proliferan en los suburbios americanos. La antigua familia extensa siempre tenía un sitio para la tía o la prima monja o el tío sacerdote. Pero, ¿quién quiere a un soltero en una cena o en el club de golf, sobre todo si ese soltero es un religioso?

El segundo cambio debido a la anticoncepción se encuentra en un estrato más profundo dentro de los cambios observables de la sociedad. Hemos experimentado un cambio radical en la comprensión más profunda y en las expectativas del matrimonio. Antes de la revolución sexual, un muchacho o una muchacha católicos experimentaba un contexto familiar en el que ser un esposo o esposa, padre o madre, exigía una forma natural de sacrificio.

En la mayoría de las familias, el hombre habría trabajado duro para mantener a una esposa y muchos hijos, y la mujer habría dado su vida para criar a una familia numerosa. Se esperaba que tanto el hombre como la mujer entregaran sus vidas en una vocación de sacrificio, y el joven católico, hombre o mujer, aceptaba esta vocación en el matrimonio como lo normal.

Era dentro de este contexto de sacrificio personal en la vida familiar en el que se hubiera formado la vocación al sacerdocio o la vida religiosa de un hombre o una mujer joven. El joven, en consecuencia, no cuestionaba la exigencia de una vida de sacrificio; se suponía que éste era la base de una buena vida. La cuestión, entonces, era qué forma de sacrificio era mejor para cada individuo: ¿morir a uno mismo a través del matrimonio y la familia, o morir a uno mismo a través de una vocación religiosa?

Ahora, debido a la anticoncepción artificial, el conjunto de asunciones subyacentes y de expectativas sobre el matrimonio han cambiado. El matrimonio ya no es una manera de darlo todo, sino una forma de tenerlo todo. Por lo tanto, cuando un joven de hoy considera una vocación religiosa, no está eligiendo entre distintos caminos de sacrificio personal, sino que está eligiendo entre una vida que parece tenerlo todo y una vida que parece no tener nada. Deben elegir entre una casa en los suburbios, 2,5 simpáticos hijos y unos buenos ingresos o la abnegación total. La elección es entre una forma familiar de hedonismo o una forma inexplicable de heroísmo.

Por último, una cultura contraceptiva es intrínsecamente estéril. Cuando el acto matrimonial está abierto a la vida muestra que la entrega es el modo de vida pleno y fecundo. Esto resuena en la búsqueda de la vocación religiosa de una persona joven. Si han visto en el matrimonio que la entrega obediente a la Iglesia y el sacrificio personal dan frutos abundantes y una nueva vida, entonces se entiende implícitamente que la vocación religiosa –con su propio conjunto de sacrificios– es también, implícitamente, una vida de fecundidad y alegría.

¿Podría ser, por tanto, que una de las soluciones a la crisis de vocaciones sea una mejor preparación para el matrimonio? En cada oportunidad –en la preparación al matrimonio y en todas las formas de catequesis– la verdadera comprensión del sacramento del matrimonio debe ser explicada, expuesta y exaltada. Frente a una cultura que mayoritariamente supone que el matrimonio es una oportunidad para la auto-realización, hay que recordar que ser cristiano significa que debemos tomar nuestra cruz y seguir a Cristo. En cada ocasión debemos recordar que el camino hacia una vida abundante es a través del servicio a los demás, y por lo tanto nunca debemos olvidar que el matrimonio es para dar, no para obtener. Tenemos que redescubrir la profunda sabiduría de la *Humanae vitae*, pues en el corazón del sacri-

ficio personal en el matrimonio debe estar la entrega mutua y la apertura a la vida del acto matrimonial.

Cuando los jóvenes que estén buscando su vocación sean conscientes de que tienen que decidir entre morir a sí mismos a través del matrimonio o morir a sí mismos a través de una vocación religiosa, no sólo serán mucho más realistas sobre el matrimonio, sino que también verán la vida religiosa bajo una luz más atractiva.

Antológico párrafo del arzobispo de Burgos sobre la España de Zapatero y dura frase autocrítica

Así titulaba Religión en Libertad la crónica del mensaje del arzobispo de Burgos, que por su acierto y oportunidad reproducimos a continuación:

Monseñor Francisco Gil Hellín no ha querido andarse por las ramas y ha huido de cualquier afán con-temporizador ante la gravedad de la situación denunciada. Su diagnóstico sobre los males que aquejan a nuestra sociedad no puede ser más directo, pero también la propuesta terapéutica como desafío para un tiempo penitencial.

El mensaje pastoral que cada domingo dedica a sus fieles el arzobispo de Burgos ha tenido, para estas primeras semanas de la Cuaresma, un arranque demoledor, claramente orientado a denunciar la ingeniería social puesta en práctica por el Gobierno, pero también con un llamamiento muy personal a todos los católicos para no descargar responsabilidades en una queja estéril.

«Una sociedad con varios millones de parados, que mata impune y sistemáticamente a sus hijos más inocentes, que administra la justicia según los colores políticos, que miente con descaro y desde las más altas instancias, que viola los pactos más sagrados, que fomenta el odio y el enfrentamiento entre sus miembros, que impide el ejercicio libre de la religión, que destruye la inocencia de los niños desde su más

tierna edad, que azuza las pasiones de los jóvenes, que niega que haya acciones buenas y malas con independencia de tiempo y circunstancias, que convierte la escuela en un instrumento ideológico y el poder político en trampolín para el enriquecimiento personal y el miedo de los suyos, que se empeña en no tener hijos, en una palabra, una sociedad cuarteada en sus estructuras básicas y removida en sus cimientos éticos es una sociedad decadente y enferma de extrema gravedad.» Así empezaba la pastoral del obispo, bajo el título *Una sociedad enferma*.

Difícil resumir con mayor contundencia todos los recientes motivos de enfrentamiento entre el Ejecutivo y la sociedad civil, con la Iglesia como parte también afectada: el aborto, la politización de la justicia, la futura ley de libertad religiosa, la Educación para la ciudadanía o el engaño permanente «desde las más altas instancias» (una de las acusaciones que más reiteradamente se han formulado contra José Luis Rodríguez Zapatero en relación a la crisis económica).

Monseñor Gil Hellín habla de un «dramatismo inusitado» de la situación, que exige «de inmediato un remedio radical». Pero no es complaciente ni echa balones fuera: «Parte de los mismos eclesiásticos no están a la altura de su misión», afirma.

Ahora bien, «esta sociedad, precisamente porque es la nuestra, no debe ser mirada con desinterés, desprecio u odio». Y como la enfermedad es grave, no valen las «cataplasmas», es decir, todos los remedios que no contemplan «una profunda regeneración ética»: «Hay que cambiar a las personas.»

Y por eso «lo que ahora necesitamos en España con absoluta urgencia es volver a Dios»: «Reconocernos pecadores, acudir al perdón y reiniciar el camino del bien y de la verdad». Y ése es su mensaje para la Cuaresma, que brinda «una oportunidad de oro» de empezar. Para todos: «Ciudadanos, cristianos, eclesiásticos», subraya, reiterando la alusión precedente, en la conclusión.

Humildad ontológica, humildad personal, humildad social

CRISTIANDAD dedicó el número de 1 de marzo de 1950 a la virtud de la humildad. Y se abrió con un editorial firmado por Tomás Lamarca encabezado con el significativo título de «La humildad es la verdad». De dos maneras la humildad coincide con la verdad: colocando a la criatura en el lugar que le corresponde, como reflejo y huella de su Creador, en cuyo caso no puede enorgullecerse de sus perfecciones relativas porque cuanto tiene, desde su mismo ser, no es otra cosa que la sombra de Aquel que es, de quien todo lo ha recibido; y, además, en el reconocimiento de que todo lo hemos recibido del Creador, sin orgullo ni en-

vanecimiento, la humildad se identifica con la verdad. El Catecismo de la Iglesia católica nos recuerda que la humildad es la base de la oración porque ante Dios sólo cabe la humildad. Y lo que se dice del hombre se puede decir igualmente de las sociedades y de las naciones, que deben participar de alguna manera de esta virtud. Por eso se puede y se debe hablar de humildad social. Jaume Bofill, en el artículo que reproducimos, traza, siguiendo a santo Tomás, las bases metafísicas de la humildad. El resto del número recogía ejemplos paradigmáticos del cultivo de la humildad en los textos sagrados y en la historia profana.

El concepto de creación

La verdadera realidad y condición del ente finito –y, por consiguiente, del hombre– no podría ser debidamente aquilatada de no tener una idea correcta de su condición de «criatura», que lo pone *por entero* en las manos de Dios.

Tenemos excesiva tendencia, en efecto, a considerar la criatura como un pequeño «absoluto», como un ser todo lo ínfimo que se quiera comparado con Dios, pero capaz, en definitiva, de encararse con Él desde una posición hasta cierto punto independiente. Creemos poder afirmar nuestro «yo» frente a Dios como algo que nos pertenece, como algo que se sostiene de por sí, a la manera como nos es posible hacerlo frente a cualquier «tú» humano. Tratamos a Dios como ajeno, como «exterior» a nuestro «yo»; como si quedara algún reducto en nuestro ser desde el cual nos fuese posible todavía «negociar» con Él. De hecho, entablamos nuestras relaciones con Él bajo este módulo pagano de la «negociación», pidiéndole bienes y ofreciéndole, «en compensación», nuestros servicios, nuestras alabanzas, nuestro mismo amor si se quiere. Pensamos que Dios tiene algo que ganar con nosotros. Intentamos «convencerle», llevarle a nuestros planes; le requerimos como un poderoso auxiliar en nuestra vida.

Puede ser interesante relacionar esta mentalidad con la idea que nos formamos, en su consecuencia, de la Creación. Los historiadores de la filosofía dicen que los paganos no tenían esta idea, según la cual la criatura es «nada» *por sí misma* en presencia de Dios, y que su dependencia a su respecto es total y constitutiva. Nosotros sabemos, en cambio, que el mundo ha sido creado por Dios. Mas, ¿qué sentido atribuimos a esta verdad, cuya repercusión es tan profunda sobre nuestro pensar filosófico que modifica fundamentalmente el horizonte en el cual se plantean sus problemas de más trascendencia?

De hecho –la Revelación nos lo dice–, el mundo ha sido creado por Dios *en el tiempo*. No que hubiese un tiempo anterior al origen del mundo, pero sí que hubo un *primer momento* en el mundo, un «*primer día*» de su historia. Mas, no es esto lo esencial en el concepto de creación. Atento a salvar toda parcela de verdad dondequiera que pueda encontrarse, santo Tomás acepta como hipótesis racionalmente posible la de un mundo *sin origen en el tiempo* –concepción que choca a nuestra mentalidad actual, pero que era, sin embargo, la admitida por el pensamiento heleno–. Pues bien; este mundo, que no habría tenido un «primer momento», cuya duración sería indefinida, seguiría siendo, con todo, *un mundo creado*; algo que, a pesar de su perduración, se-

guiría estando, total y necesariamente, pendiente de Dios; que seguiría siendo «nada por sí mismo» en presencia de Dios. Su perduración misma seguiría teniendo en Dios su principio.

El concepto de «creación» no se refiere, pues, de sí, al origen del mundo en el tiempo; cuando reducimos a esto la cuestión, poco distamos de recaer en la concepción pagana de las relaciones del mundo con Dios, porque, en este caso, Dios habría sido requerido *al principio* del tiempo para poner en marcha, por una especie de gigantesco «kick-off», el juego de la Historia, mas esta su misión (imprescindible, pero limitada al *primer* momento del mundo) una vez cumplida, la ulterior presencia de Dios resultaría más bien engorrosa, ya que el juego histórico podría y debería desarrollarse, en adelante, *según sus propias leyes inmanentes*. La filosofía ha atribuido más de una vez a Dios esta «honrosa» función de haber dado origen al mundo, para luego rogarle, tal vez con exquisita cortesía, que tuviese a bien ocuparse en adelante de sus cosas, que el hombre ya se cuidaría de las suyas. Debería Dios comprender, en efecto, que toda intervención suya sería ya interpretada como una «intromisión», porque interferiría con el curso de la civilización lo mismo que de la naturaleza.

Que si a tanto no llegamos, reservamos a lo menos a Dios la misión de hacer «trampa» cuando los acontecimientos nos abrumen demasiado y, acallando por un momento el respeto humano hacia los demás y hacia nosotros mismos, no tememos ya rebajarnos quejumbrosamente para buscar refugio en aquel estado de ánimo que llaman fe los supersticiosos.

Sí, la Revelación nos lo dice: «*al principio*», creó Dios el cielo y la tierra, el mundo ha tenido origen *en el tiempo*; pero es preciso insistir en que no es eso todo. No procede, en efecto, el mundo de Dios como un hijo procede de un padre, o un edificio de su arquitecto, a saber: de tal modo, que necesario para el «fieri» del mundo, para su producción, no fuera ya Dios necesario para su «esse», para su ulterior subsistencia; porque si el mundo necesitó de Dios para *empezar a ser*, lo necesita con igual premura para *seguir siendo*.

Aclararemos los ejemplos anteriores. Un hijo necesita de un padre para venir al mundo; pero, poseyendo en sí mismo una naturaleza independiente, un «ser hombre» capaz de sostenerse en adelante, puede su padre fallecer, o abandonarle, sin que por ello se vea ineluctablemente condenado a muerte. Un arquitecto es requerido por una casa para su «hacerse»; no habría casa alguna sin alguien que la planease y dirigiera su construcción: mas, una vez la casa construida, *tiene ya en sí misma de qué continuar siendo*, y el arquitecto puede ya dedicarse a nuevos menesteres: su misión ha sido cumplida.

No es tal nuestra situación con respecto a Dios. Si descendemos, en efecto, a aquel estrato nuestro más profundo en que reside, no el ser «tal» o «tal otro», sino, sencillamente, el «ser», nos encontramos con que *este «ser» no es algo que nos pertenezca en propio*; de suerte que (lo hemos advertido ya) si las criaturas necesitaron de la acción de Dios para «*empezar a ser*», siguen necesiéndola de modo ininterrumpido para «*seguir siendo*», desde el momento que, en sí mismas, nada tienen que sea razón suficiente de su permanencia, como nada tuvieron que justificase su origen. *El «ser» no es de la razón de ninguna criatura*, y ello hasta tal punto que *su posibilidad lógica misma* guarda con respecto a Dios una dependencia absoluta. Tan sólo porque nuestra inteligencia es obtusa y nuestro corazón endurecido; tan sólo por la superficialidad con que consideramos las cosas y nos comportamos en la vida resulta posible el que podamos *prescindir* de Dios, cuando, en realidad, todo ser, todo valor y dignidad dependen de Él esencialmente y tan sólo por esta dependencia conservan un sentido.

De no llegar hasta aquí, la concepción pagana no habría sido, en verdad, superada. Que concibamos el mundo como una llama eternamente ardiente de por sí o encendida, al principio, a la luz del Creador, eso no modificaría esencialmente el valor y la situación que, de hecho, poseería en adelante: tendría luz propia en ambos casos y, por lo tanto, podría alimentar en uno y otro la pretensión de irradiar de por sí su luz y a contentarse con ella.

El error está en la comparación misma utilizada: en concebir la criatura en relación con Dios como una luz comparada con otra mayor, como «*algo bueno*» comparado con «*otro más bueno*», ya que, por grande que fuera la distancia, siempre la criatura podría «sumar» a la de Dios su perfección, y esta distancia no sería nunca, estrictamente, *infinita*. En realidad, en cambio, la criatura, lo mismo que el valor que ella encarna, no es reductible a un mismo género con el Creador, no puede en ninguna hipótesis «sumarse» con Él; pura sombra o reflejo de Dios, todo su ser está constituido por la relación que con Dios la enlaza, dice comparación a Él como «*algo bueno*» con la *Bondad*, con la Bondad incircunscrita, ilimitada, que encierra en sí *toda perfección*, que no puede ganar ni perder; que, si ha creado al mundo y lo ha ordenado a sí mismo como a su fin último y necesario, ha sido tan sólo por su liberalidad extrema, que no piensa sino en comunicar a otros el Bien infinito que en sí mismo posee.

Así, se diseña una doble dimensión del ente finito que recoge y subraya por un igual el pensamiento cristiano. De un lado, su «*nulidad*» radical, *en aquello que tiene de por sí*; de otro, *la participación de*



Dios que en cada uno se encierra, su carácter de alguna manera divino.

La doctrina profundísima de la analogía del ente (clave ineludible de todo saber racional de Dios) expresa el más perfecto reconocimiento teórico de esta verdad fundamental. La humildad será su reconocimiento práctico.

Una metafísica «humilde» o una metafísica de la humildad

¿Puede tener la humildad una metafísica?, cabría preguntarse. Si recordamos entonces que Gabriel Marcel, por ejemplo, está reclamando esta metafísica, la aproximación de conceptos «metafísica de la humildad» podría parecernos, en efecto, muy «existencialista».

Y, sin embargo, la novedad está sólo en esto, es decir, en la aproximación de conceptos; vigorosa manera, ciertamente, de exigir, a la base de una restauración filosófica, que la condición de los seres, su «verdad», sea desde el principio respetada. Por-

que la esencia misma de la cosa; esta objetividad perfecta que ha de ser el ideal a que la filosofía aspire, tenía ya una traducción clásica en la doctrina de la *analogía del ente* que hemos procurado sumariamente ejemplificar.

El nombre de «ser» no conviene, con todo rigor y propiedad, al ente finito. La criatura «es», tan sólo, en un sentido disminuido de la palabra. «Ser», en toda plenitud; en tanto que implica aquel modo último de actualidad que confiere realidad y perfección a toda forma; aquello que en nuestro hablar humano, sumergido en el tiempo, expresariamos con la fórmula «*estar siendo*», no es algo constitutivo de la criatura, algo consubstancial suyo. «Ser» como nombre, como sujeto; «ser» como «acto», como ejercicio, no son, en la criatura, una misma realidad. El «*ser*», en la criatura, no constituye «*su ser*»; constituye, a lo más, su «*haber*»; no un haber en propiedad, sino, tan sólo, prestado en depósito y del cual ha de estar dispuesto (como aquellos siervos del Evangelio a quienes su Señor confió unos denarios) a dar en todo momento cuenta. La criatura es lo que es tan sólo porque Dios, escondido en su fondo,

«*hace que sea*». Toda determinación suya; toda operación suya; la desviación misma de su obrar, que constituye, en la criatura libre, el pecado, presuponen esta radicación suya en Dios, la recepción de un influjo actual de Dios sin el cual ni la energía misma que en el pecado invierte le quedaría. Abandonada a sí misma sería lo puramente inerte, lo puramente informe; una recaída en la nada. La criatura está bañada en Dios hasta cuando le desprecia o le insulta. ¡Trágica audacia de un ser que ha logrado hacer compatible con su ley fundamental la violación de esta ley!

Humildad metafísica y humildad personal

Hemos pedido para el hombre, para el saber humano, una humildad «objetiva»: el reconocimiento de la humilde condición objetiva de la criatura frente a su Dios y Señor. No es menos necesaria hoy en día, al hombre, la humildad «subjetiva», el situarse, como persona, en el lugar exacto que a su naturaleza corresponde.

Tanto pecará contra la humildad —contra la verdad de su ser— cuando se ensalza por encima de sí, cuando cede a la tentación fundamental «seréis como dioses», como al rebajarse por debajo de su dignidad de ser personal, de un ser libre y responsable de su vida, para sumergirse en el mundo de la sensualidad y de las reacciones instintivas. La humildad, como «virtud» humana, es la traducción de una ley metafísica fundamental: la que impele a toda criatura a «ser lo que es», a no desorbitarse en su dinamismo, a ser fiel a su propia ley. Por esto la humildad no es un elemento como otro de la perfección finita, sino su condición. Es aquello que, en esta perfección, debe la criatura poner de su parte.

Entre dos extremos igualmente fatales: el ego-

centrismo de la impotencia y el egocentrismo del orgullo, la humildad asegura a la criatura la posesión de su «centro» divino. La humildad salva a la criatura, salva al hombre y a la sociedad; porque aquello que no es, en realidad, «centro», encuentra, en el «egocentrismo», la muerte. La humildad es el reconocimiento de la condición heterocéntrica, y, por lo mismo, heterónoma, de la criatura, mas tan sólo para ponerla (en perfecta intimidad consigo misma) en posesión de su centro divino. Mas siendo ese centro, que es Dios, íntimamente presente en ella, tal heteronomía no la somete a una ley «exterior», no es un obstáculo a su dignidad, sino al contrario, la plena garantía para cada una de ser verdaderamente «sí misma».

Humildad social

No sólo individualmente considerado —en este fraccionamiento y atomización suya que es cada individuo particular— debe «el hombre» aceptar como ley básica de su perfección la ley de la humildad; también en su integración en un «cuerpo» social debe someterse a esta ley. *La salvación del mundo moderno depende de que reconozca este hecho.*

La simetría por lo menos obligaba a mencionar aquí esta «*humildad social*», tratada ex profeso en otro artículo de este mismo número; esta humildad de la familia, de la clase, del Estado, de la sociedad humana entera, que, a medio camino entre el orgullo y el envilecimiento, sabe vencer y deshacer la alianza que tan fácilmente contraen entre sí aquellos extremos. El hombre, no sólo individual, sino social, debe reconquistar la noción exacta de su ser, de su misión, de su verdadero destino. *Debe saber y reconocer lo que es* para poder responder al llamamiento, a la vocación de Dios.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Marzo

General: Para que la economía mundial se desarrolle según criterios de justicia y de equidad, teniendo en cuenta las exigencias reales de los pueblos, especialmente de los más pobres.

Misional: Para que las Iglesias en Africa sean signo e instrumento de reconciliación y de justicia en todas las regiones del Continente.

Abril

General: Para que toda tendencia hacia el fundamentalismo y el extremismo sea contrarrestada por el constante respeto, la tolerancia y el diálogo entre todos los creyentes.

Misionera: Para que los cristianos perseguidos por causa del Evangelio, sostenidos por el Espíritu Santo, perseveren en el fiel testimonio del amor de Dios por toda la humanidad.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

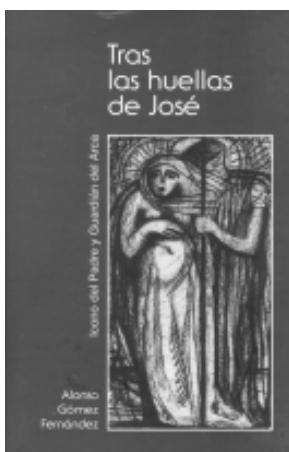
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

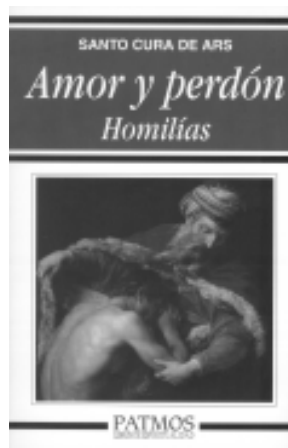
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



Tras las huellas de José

Autor: Alonso Gómez Fernández
Editorial: Ama
341 páginas
Precio: 22,90 €
Si María ocupa un puesto primordial en los planes salvadores de Dios, su esposo no se queda atrás: la obra de la Redención necesitó del concurso de los dos. José «el Justo» es un signo y una palabra viva para esta generación que camina a la deriva por los raiiles del nihilismo y del materialismo. Se impone una vuelta a José de Nazaret; pues nadie mejor que él, en un mundo donde se enfría la caridad, brillará como «una lámpara que guíe nuestros pasos, una luz en nuestro sendero» (Sal 118).



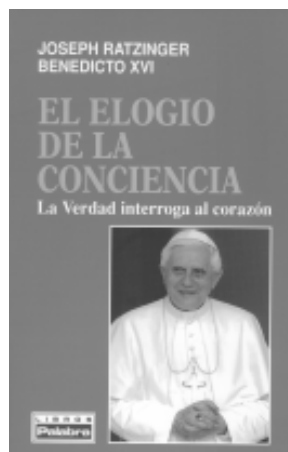
Amor y perdón. Homilias

Autor: San Juan María Vianney
Editorial: Rialp
288 páginas
Precio: 15,00 €
Reciedumbre, sinceridad y afán por la salvación de las almas. Esto es lo que se refleja en estas homilias del santo Cura de Ars, donde el acento a veces es duro pero lleno de caridad y en vivo diálogo con sus oyentes, a quienes conoce perfectamente y ante quienes goza de la autoridad de padre, maestro y pastor. Palabras sencillas y de doctrina clara que hablan sobre el arrepentimiento, la conversión personal, los medios para alcanzar el perdón y vivir en el Amor.



A prueba de fuego

Autor: Eric Wilson
Editorial: Libroslibres
312 páginas
Precio: 20,00 €
El matrimonio de Caleb y Catherine está a punto de romperse. Como jefe de una unidad de bomberos él se ha ganado la reputación de héroe local, pero su mujer parece ser la única que no sabe valorarle. Cuando la relación entre ambos parece haber llegado a un punto de no retorno, Caleb recibe una propuesta singular, que le exigirá un coraje especial. Será la última oportunidad de salvar la llama que un día prendió entre él y Catherine.



El elogio de la conciencia. La Verdad interroga al corazón

Autor: Joseph Ratzinger-Benedicto XVI
Editorial: Palabra
138 páginas
Precio: 13 €
Una serie de textos del actual papa Benedicto XVI, redactados cuando Joseph Ratzinger era cardenal prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El nexo común de todos ellos gira en torno a la capacidad del hombre de alcanzar la verdad y de ser feliz viviendo de acuerdo con ella. La conciencia es la voz de la verdad del hombre, de una verdad que proviene de Dios.

CONTRAPORTADA

Volver al confesonario

Vivimos en un contexto cultural marcado por la mentalidad hedonista y relativista, que tiende a suprimir a Dios del horizonte de la vida, no favorece la adquisición de un marco claro de valores de referencia y no ayuda a discernir el bien del mal ni a madurar un justo sentido de pecado. Esta situación hace todavía más urgente el servicio de administradores de la Misericordia divina. No debemos olvidar, de hecho, que hay una especie de círculo vicioso entre el ofuscamiento de la experiencia de Dios y la pérdida de sentido del pecado. Sin embargo, si tenemos en cuenta el contexto cultural en el que vive san Juan María Vianney, vemos que, por varios aspectos, no era tan diferente al nuestro. También en su tiempo, de hecho, existía una mentalidad hostil a la fe, expresada en fuerzas que buscaban incluso impedir el ejercicio del ministerio. En esas circunstancias, el santo Cura de Ars hace «de la iglesia su casa», para conducir a los hombres a Dios. Él vivía con radicalidad el espíritu de oración, la relación personal e íntima con Cristo, la celebración de la S. Misa, la adoración eucarística y la pobreza evangélica, mostrando a sus contemporáneos un signo tan evidente de la presencia de Dios, que empujaba a muchos penitentes a acercarse a su confesonario. [...]

Queridos hermanos, es necesario volver al confesonario, como lugar en el que celebrar el Sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que «habitar» más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía. La «crisis» del sacramento de la Penitencia, de la que a menudo se habla, interpela en primer lugar a los sacerdotes y a su gran responsabilidad de educar al Pueblo de Dios en las radicales exigencias del Evangelio. En particular, les pide dedicarse generosamente a la escucha de las confesiones sacramentales; guiar con coraje a la grey, para que no se conforme a la mentalidad de este mundo (cf. Rm 12,2), sino que sepa tomar decisiones también a contracorriente, evitando adaptaciones o compromisos. Por eso es importante que el sacerdote tenga una permanente tensión ascética, alimentada por la comunión con Dios, y se dedique a una constante actualización en el estudio de la teología moral y de las ciencias humanas.

San Juan María Vianney sabía entablar con los penitentes un verdadero y apropiado «diálogo de salvación» mostrando la belleza y la grandeza de la bondad del Señor y suscitando ese deseo de Dios y del Cielo, del que los santos son los primeros portadores. Él afirmaba: «El Buen Dios sabe todo. Incluso antes de que os confesarais, ya sabía que pecaríais y sin embargo os perdona. ¡Es tan grande el Amor de nuestro Dios, que llega hasta olvidar voluntariamente el futuro, para perdonarnos!». Es tarea del sacerdote favorecer esa experiencia de «diálogo de salvación», que, naciendo de la certeza de ser amados por Dios, ayuda al hombre a reconocer el propio pecado y a introducirse, progresivamente, en esa estable dinámica de conversión del corazón, que lleva a la radical renuncia al mal y a una vida según Dios.

BENEDICTO XVI (11 de marzo de 2010)